

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS. CALAN.

ÉPOCA 4.^a — AÑO XI. — TOMO IX.

NÚMERO 7 — Madrid 5 de Marzo de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 "
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL
SAGRADO CORAZÓN DE JESUS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 "

SUMARIO

TEXTO.—*La Decena*, por Blas. *Crónica universal*, por X.—*Carta de Roma*, por L.—*Los Grabados*, por D. Juan de Dios.—*San Juan de Dios*, por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.—*Blanca*, por D. Valentin Gómez.—*Doña Ernestina Manuel de Villena y Dreyer*, por V.—*El duque de Almenara*, por D. Francisco Sánchez de Castro.—*Robespierre* (continuación), por D. C. Suárez Bravo.—*¡Christus!* (continuación).—*Miscelánea*.
GRABADOS.—*Doña Ernestina Manuel de Villena, fundadora del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús*.—*Desórdenes socialistas en la plaza de Trafalgar, en Londres, el día 8 de Febrero último*.—*San Juan de Dios salvando del incendio a los enfermos del hospital de Granada*.—*Antigua iglesia de San Martín, en Marsella, demolida por decreto del Gobierno francés de 21 de Enero último*.

LA DECENA

HEMOS entrado en el mes de Marzo. Si esta noticia, lanzada tan bruscamente, ha sorprendido á mis lectores, les pido perdón y les ruego tengan en cuenta, para mi descargo, el vivo interés con que salgo cada diez días á caza de noticias, que yo no sé dónde se esconden, pero es lo cierto que nunca doy con ellas.

Con esta desconfianza previa, no extrañen ustedes que eche mano de la primera que me sale al paso, por si tal vez no tropiezo con otra.

Esto es lo que me ha sucedido hoy; al mirar el calendario he visto que habíamos rebasado el mes de Febrero, y exclamé, frotándome las manos de gusto:

—Ya tengo una noticia para empezar mi artículo.

Porque en esto de escribir *decenas*, como en aquello de acumular millones, lo difícil es



DOÑA ERNESTINA MANUEL DE VILLENA,
Fundadora del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús.

empezar; que, una vez dado el impulso, lo demás se viene á la pluma ó á la caja sin sentir.

Otra razón tuve para empezar mi revista hablando del mes de Marzo, pero no me ha salido la cuenta. Creí que podría decir algo, si no nuevo, desenterrado de los archivos del olvido, acerca de este mes, y tengo que confesar que no sé nada que merezca la pena de contarse.

Marzo tiene una historia tan pobre, que da grima. Satisfecho de ocupar el primer puesto en el escalafón del año romano primitivo, se durmió en las pajas, como suele decirse, sin crearse apoyos ni simpatías para conservar su plaza, y á lo mejor se le pusieron delante dos intrusos, llamados Enero y Febrero, y tuvo que descender al tercer lugar. Aun puede agradecer que no se le haya cambiado el nombre con que le había extendido la primera credencial el Sr. de Rómulo, en honor del dios Marte.

Y no hay más que decir del mes de Marzo sino que los romanos, sin consideración al ilustre nombre que le asociaba al dios de las batallas, le consagraron á Mercurio, el dios de los ladrones.

Por supuesto, esto pasaba en los tiempos antiguos. En los nuestros, la civilización ha echado su rasero nivelador sobre todos los abusivos privilegios, y ya no hay diferencias entre los meses: todo el año está consagrado á Mercurio.

Ahí está la prensa periódica, que registra diariamente los hechos más notables de los ladrones, y por ellos se

ve que, de Enero á Diciembre, todos los meses son buenos para desbaliar al prójimo.

Y ya que he mentado á la prensa, diré que por ella he sabido los detalles de un trágico acontecimiento ocurrido días pasados, y en el que ha desempeñado su natural papel el *utensilio nacional*.

Pero esta vez la navaja no se ha empleado por el autor del delito en el ejercicio común y vulgarísimo de verter sangre ajena.

El crimen del Paseo de las Acacias (y ya resulta hecho el título para una novela de las que hoy devora la gente) no es un crimen de la categoría de los misteriosos, pero ofrece particularidades que merecen consignarse, con los respetos debidos al sigilo del sumario.

El presunto agresor, al hundir el arma homicida en un pecho humano, ha vertido su *propia sangre*... Y sin embargo, no es suicida.

El presunto agresor, por ignorante que se le suponga, sabía seguramente que la navaja sirve para muchos fines secundarios, pero con preferencia para matar. La sacó, la abrió, la levantó, la bajó... y la manchó en su misma sangre. A pesar de ello, no tuvo ni por un momento la intención de quitarse la vida.

Y corrió la sangre... la sangre del que blandió la navaja, y corrió en tanta abundancia, que el cuerpo á que aquella sangre pertenecía cayó en tierra, y poco después era cadáver.

Pues con todo eso, el que vertió la sangre no ha muerto ni está herido siquiera.

Como no me he propuesto escribir una novela por entregas para tener, de uno á otro cuaderno, suspenso y tirante la atención del público, me apresuro á estampar la palabra de este sangriento enigma. Se llama sencillamente *fratricidio*.

El presunto autor, que como ya he dicho, sabía para lo que sirve la navaja, no podía ignorar que por las venas de su hermano y por las suyas propias corría la misma sangre, y tal vez pensó que la enormidad de su delito se atenuaba algún tanto vertiendo una sangre que al fin y al cabo *era suya*.

Lo malo es que como la lógica, aunque sea lógica de fraticidas, no usa navaja, se dejó vencer en esta ocasión por la navaja del criminal, y resultó la anomalía de que el agresor, después de derramar la sangre propia, se propuso á derramar la sangre ajena, é hirió, en su ciego frenesí, á una mujer que quiso interponerse entre los dos hermanos.

Yo no sé si las cosas hubieran pasado de otro modo en el caso de no llevar consigo la navaja uno de los contendientes. Sin embargo, séame lícito creer que si el agresor hubiera tenido que buscar, como el primer fraticida, un objeto contundente para herir á su hermano, tal vez la lucha habría terminado de una manera menos trágica. Porque me figuro yo que no ha de ser tan fácil encontrar en el paseo de las Acacias un fragmento de sílice como una navaja de Albacete.

Deploramos el delito, compadecemos al delincuente; pero convengamos en que el uso de la navaja es un cuasi delito, moralmente considerado. El hombre más honrado y más pacífico no puede tener la seguridad de que no se convertirá en homicida, llevando siempre al alcance de su mano esa arma innoble que está reclamando de continuo su ración de sangre.

Hablemos de cosas más agradables.

El primer actor Sr. Vico, repuesto de la grave dolencia que puso en peligro su vida (y por consiguiente la vida del teatro Español), ha reanudado sus tareas con gran satisfacción de sus amigos y admiradores, que le han hecho una calurosa ovación al presentarse de nuevo en escena.

El primer tenor Sr. Gayarre, después de una serie de triunfos artísticos en el teatro Real, se ha despedido del público, una vez terminados sus compromisos con la empresa del regio coliseo, y también ha sido objeto de una gran demostración de simpatía, tal vez menos espontánea, pero no menos ruidosa y prolongada que la de Vico.

Al uno se le ha vitoreado porque volvía, después de haberse ido.

Al otro porque se va, después de haber vuelto.

La imparcialidad exige reconocer en uno y en otro altos merecimientos y verdaderos derechos á la consideración pública. Sin embargo, y aunque siempre sean odiosas las comparaciones, he de decir que si pudieran reducirse á un peso específico las cualidades, mejor dicho, los talentos artísticos de estas dos eminencias, pesarían más, en igualdad de volumen, los del actor dramático que los del actor lírico.

El cantante nace, el actor se hace.

El primero lo debe casi todo á la naturaleza, que le dotó de un órgano vocal susceptible de tales ó cuales contracciones y movimientos musculares que se acomodan mejor que los de otras personas á la emisión de los sonidos.

El segundo lo debe todo al estudio, al talento, al genio, que en muchas ocasiones suplen la falta de aptitudes naturales y de condiciones físicas.

No es esto decir que el cantante pueda llegar á la altura de un Gayarre faltándole por completo el talento y el arte, ni que el actor pueda aspirar á la reputación de un Vico, faltándole en absoluto los elementos orgánicos y las dotes naturales, sino que en el uno es accesorio lo que es esencial en el otro.

El que ha nacido con una garganta privilegiada, aunque carezca de genio y de educación artística, será un excelente cantante *por la naturaleza y á pesar del arte*.

El que por medio del estudio y del talento, aunque carezca de grandes medios naturales, llega á sobreponerse á las medianías, será un excelente actor *por el arte y á pesar de la naturaleza*.

A propósito de actores y cantantes, parece justo hacer mención de un acontecimiento teatral de que ha hablado la prensa estos últimos días.

Un picador de toros, que ha merecido grandes aplausos en el redondel, ha querido, por *picar* en todo, picar en el género cómico.

Por cierto que esta especie de cosmopolitismo picador parece ha dado lugar á que *se pique* un respetabilísimo y eminente actor dramático, cuyo nombre apareció, en el cartel del teatro donde debía debutar el picador-cómico, al lado de éste; pero esta historia picante no hace al caso, por más que el caso *pique* en historia.

Ello es que el picador Badila (a) D. José Bayard, ha representado, á pie, en un teatro de la corte, con tanto aplauso, con tanta valentía, con tanta serenidad y con tantos puños como el actor D. José Bayard (a) *Badila*, picaba toros, á caballo, en la Plaza de Madrid.

Cierto que el picador-cómico no era una eminencia en lo cómico ni en lo picador; pero hoy, después del éxito monumental que ha tenido en las tablas, se ha colocado por encima de todos los picadores y de todos los cómicos.

Cuando actúe, en la próxima temporada taurina, delante de un bicho de Veraguas, podrá decir con la coleta erguida:

— « Soy el mejor actor cómico de toda la cuadrilla. »

Cuando ejerza como actor cómico en el teatro Español, por ejemplo, podrá decir, mirando desdeñosamente á sus hermanos en el arte:

— « Soy el mejor picador de toda la compañía. »
Y nadie podrá poner en tela de juicio sus afirmaciones.

En fin, yo me alegro, de todos modos, de que nuestro decadente teatro vaya allegándose nuevos elementos de vida, tomándolos donde los encuentre, aunque sea en la Plaza de Toros.

Es más: creo que todos debemos contribuir á favorecer este movimiento de aproximación entre los elementos constitutivos de nuestros espectáculos, hasta llegar á una completa fusión, que ensancharía considerablemente los horizontes del arte.

Hoy mismo empieza ya á hacerse sentir esta necesidad. Hay muchos dramas que, para su mayor lucimiento, deberían ejecutarse en la Plaza de Toros, y hay muchísimas obras teatrales que ganarían extraordinariamente en el aprecio del público ilustrado, si pasara á la escena la cuadrilla de Frascuelo á desempeñarlas en debida forma.

Y no se diga que sería este un penoso trabajo para los diestros. En el mayor número de casos se encontrarían la faena adelantada por los mismos autores, que, cuando lanzan sus obras al escenario, las sacan ya *descabelladas*.

BLAS.

CRÓNICA UNIVERSAL



pesar de las declaraciones pacíficas de los diplomáticos que intervienen en las cuestiones de Oriente, la guerra vuelve á mostrarse amenazadora entre Servia y Bulgaria, cuyo armisticio terminó el día 1.º de Marzo. Es verdad que las grandes potencias tratan de conciliar á las dos naciones rivales, ó al menos parece que lo intentan; pero según noticias de Bucharest, muy pesimistas, se considera difícil toda avenencia, pues

el Gobierno servio no puede ceder ante la opinión pública de aquel país, opuesto á concesiones que se juzgan contrarias á la honra nacional, y sobre todo ante la actitud de los partidarios de la anterior dinastía, dispuestos á sacar partido del descontento popular contra el rey Milano.

El resultado es que Servia, lejos de prestarse á firmar la paz definitiva, está haciendo demostraciones militares en la frontera, y el príncipe Alejandro, en vista de la actitud de su rival, se prepara para marchar á la frontera y ponerse de nuevo al frente de su ejército.

Entretanto Grecia sigue en actitud expectante, pero belicosa, esperando que suene la hora de romper el fuego contra Turquía, rodeada de peligros y de cazadores que codician alzarse con sus despojos.

Lo hemos dicho muchas veces, la cuestión de Oriente no tiene otra solución que el término del Imperio turco en Europa; pero este hecho inevitable se irá aplazando por el temor de las grandes potencias que lo codician, y que no saben quién llevará el gato al agua cuando sobrevenga el gran cataclismo. Lo que Turquía hace ahora es fomentar las rivalidades entre estos Estados, formados con sus desmoronamientos, porque en estos hechos intestinos encuentra un paliativo para su mal crónico y mortal de necesidad. Ayúdanle en esta tarea las grandes potencias, ganosas de aplazamientos en el gran problema, cuya solución ha de costar mucha sangre y mucho dinero; transformando, sin duda alguna, el mapa de Europa.

Comparte con la cuestión de Oriente el interés de los políticos en estos momentos otra más pavorosa aun, que también va recibiendo aplazamientos, porque su resolución envuelve un gravísimo conflicto para la sociedad moderna; la llamada cuestión social, ó más bien, cuestión obrera.

El progreso material y la decadencia moral y religiosa de la sociedad moderna es un hecho palpable, que ha producido un gran desequilibrio en el organismo social, como puede producirlo en un individuo la anemia que aminora y debilita la sangre y excita y perturba al sistema nervioso. La cuestión obrera es verdaderamente una cuestión gravísima, fruto de este desequilibrio y de las relaciones materiales y egoístas de la industria moderna. He aquí un dato fresco que prueba la agravación progresiva del pauperismo en las clases obreras.

Todos los años se lleva á cabo en París un trabajo minucioso para saber el número de indigentes que en él existen. Pues bien, las indagaciones llevadas á debido efecto en el presente año, han dado el triste resultado de convencernos de que los indigentes en París de año en año aumentan en proporciones alarmantes y en desproporción sensible con el aumento de la población. En 1861, contaba la capital de Francia con 90.287 indigentes; en 1877, 93.440; en 1880, 123.733. En el año presente ascienden los indigentes de París á la enorme cifra de 180.000.

Lo que sucede en París sucede en todas partes, porque la producción de la industria moderna excede al consumo, y con el desarrollo también de las máquinas todos los años se quedan fuera de trabajo muchos miles de obreros, que entran á formar parte del ejército de los indigentes, ó lo que es lo mismo, del ejército de la revolución.

Los alarmantes sucesos de Londres han provocado una exacerbación en este mal profundo de la sociedad moderna, y así vemos multiplicarse las asambleas y las huelgas de obreros en todos los países, que piden reformas urgentes en la organización del trabajo. Los diputados obreros de Francia han reducido su demanda á las siguientes cláusulas:

« 1.º Empezar simultáneamente un movimiento en favor de una legislación internacional del trabajo, apoyándose sobre los puntos siguientes:

« (a) Impedir el trabajo de los niños de menos de catorce años.

« (b) Limitación del trabajo de las mujeres y de los mineros.

« (c) Adopción de medidas de higiene, de seguridad y de salubridad en los talleres, con el fin de proteger la salud, el desarrollo físico y moral y la vida de los trabajadores.

« (d) Protección y seguridad contra los accidentes.

« (e) Fijar á los adultos un día normal de trabajo, cuyo límite máximo no deberá exceder de ocho horas.

« (f) Fijar un día de descanso por semana.

« (g) Institución de una oficina internacional de comprobación general de estadística obrera é industrial, encargada de estudiar y proponer los medios de generalizar y codificar la legislación internacional del trabajo.

2.º Reunir un Congreso internacional en Septiembre próximo, al cual serán invitados todos los representantes obreros de América y de Europa, con el fin de emancipar á los trabajadores de todos los países."

Como puede verse á la simple lectura de estas proposiciones, hay en ellas algunas dignas de ser atendidas, puesto que significan otros tantos principios de la moral cristiana y aun de los preceptos evangélicos; tales son la protección á la infancia, á las mujeres, á los enfermos y desvalidos, etc., y la observancia del descanso dominical. ¡Lástima grande que las turbas socialistas se extravíen en sus demandas, y en vez de pedir el restablecimiento de los doctrinas é instituciones cristianas, como la mejor salvaguardia contra la tiranía de un comercio egoísta y de una industria sin entrañas, se lancen á empresas revolucionarias, atacando aquello mismo que podía ser su salvación segura y eficaz!

La situación actual es grave según noticias que llegan de diversos países, y especialmente de Inglaterra, Alemania y Francia. Leemos en un telegrama reciente de París:

"Se generaliza la huelga en la cuenca carbonífera de Decazeville.

"Los huelguistas piden que sea despedido el ingeniero Blazy y además que se les aumente el salario.

"En el caso de una negativa amenazan con apagar los fuegos de las fundiciones.

"Se envían tropas para sostener el orden.

"La cuestión social, tanto en Francia como en Inglaterra, inspira vivísimas inquietudes, pues se observa una gran efervescencia en los principales centros obreros.

"Las exigencias de los trabajadores de Decazeville se consideran inaceptables por parte de la Compañía, la cual ni quiere subir los salarios ni variar sus empleados superiores, como pretenden los huelguistas."

Y lo mismo que en Decazeville ocurre en otros centros de la gran industria. Parece calcado en el mismo molde este otro despacho de Londres:

"La cuestión social continúa preocupando vivamente la opinión pública de Inglaterra.

"Ha estallado una huelga de obreros en Snitwich, cerca de Birmingham, á causa de la reducción de salarios.

"Cuatro mil huelguistas amotinados han recorrido las calles de aquel pueblo apedreando las casas y cometiendo otras tropelías.

"Después se han puesto en camino para Birmingham con objeto de impedir que los demás obreros continúen trabajando.

"La policía, convenientemente reforzada, sale de Birmingham para cortarles el paso y sofocar el desorden."

Quiera Dios que los hombres llamados á resolver este gran conflicto, acudan á buscar el remedio á la depositaria de las únicas medicinas que pueden sanar á las naciones, á la Iglesia católica, que tiene bien probada en el transcurso de diecinueve siglos su acción benéfica y fecunda para salvar á los pueblos.

Ya ha terminado en el Landtag prusiano la discusión relativa á la colonización alemana en Polonia. El discurso del Sr. Windthorst, jefe del Centro católico, ha sido notabilísimo. Empezó asegurando que el proyecto de ley que se discutía era un combate por la vida ó la muerte. Añadió que las expulsiones de polacos llevadas á cabo por el Gobierno, han provocado la inmensa agitación que existe en toda la Polonia prusiana. Antes de estas expulsiones, la paz no había sido turbada ni un solo momento.

Asentó el principio de que los polacos tienen derecho á una justicia igual á la de que gozan los otros súbditos alemanes. ¿Por qué no se toman, pues, contra los hijos de Alsacia y los de Hannover las medidas que se quieren tomar contra los polacos?

Prosiguió afirmando que «los cien millones que pide el Gobierno para llevar á cabo este proyecto, serán en sus manos un nuevo fondo de corrupción para recompensar á los servidores complacientes».

Terminó con estas palabras: «La exposición de motivos que precede al proyecto, reconoce que se quiere explotar la situación económica de los propietarios polacos para comprar sus bienes. ¿Es esto patriótico?»

En el centro, en la izquierda y en las tribunas de la Cámara: «Esto es inmoral».

El ministro de Agricultura, Sr. Lucius, declaró, para cerrar el debate, que el proyecto de ley es una obra de defensa urgente, y que el Gobierno dará garantías sobre el uso que hará de las atribuciones que se le concedan.

Después de esto, el Landtag votó que el proyecto de ley, que es una verdadera obra de iniquidad contra los polacos, ya de antiguo tiranizados por el Gobierno de Prusia, pasara al examen de una comisión de 21 miembros. *Le Temps*, de París, que es voto en la materia, dice que dados los hábitos parlamentarios de Prusia, el envío del proyecto de ley á una comisión, es sólo una semivictoria para el Gobierno.

Conviene añadir aquí, que en la sesión del día 23 pidió el Gobierno prusiano al Landtag un crédito de 200.000 marcos para establecer y sostener escuelas primarias superiores, destinadas á robustecer el elemento alemán en la Prusia occidental y en Posnania. Todos los jóvenes polacos de menos de dieciocho años, estarán obligados á frecuentar estas escuelas.

¿Se puede dar mayor tiranía?

Conceda el Señor á los católicos polacos la resignación necesaria para resistirla, sin decaer de sus nobles sentimientos. Rusia por un lado y Prusia por otro, se han propuesto acabar con los restos de la infortunada Polonia.

Mientras Alemania descarga estos golpes sobre Polonia, no descuida sus intereses en remotos países, intereses que pueden comprometer los de España. Un telegrama de Londres decía hace pocos días:

"Está llamando vivamente la atención el hecho de que Alemania esté aumentando sus fuerzas navales en el Océano Pacífico.

"Actualmente compónense éstas de cuatro buques con 46 cañones, fuerzas que parecen sobradas para la protección del comercio alemán en aquellos mares."

Coincide con esta noticia esta otra de Nueva York:

"El Gobierno de los Estados-Unidos ha resuelto aumentar su escuadra.

"Al efecto se aumentará el presupuesto de Marina de este año en 10.000.000 de pesos fuertes.

"Los buques que se propone construir el Gobierno americano serán cruceros de mucho andar y torpederos de varias clases."

Suponemos que nuestro Gobierno no se dormirá sobre las pajas. El conflicto de las Carolinas no debe olvidarse.

El rey de Bélgica, en su cualidad de soberano del Estado libre del Congo, promulgará dentro de poco un decreto organizando la administración judicial del bajo Congo.

Se va á establecer un tribunal de primera instancia en Banana, y un tribunal de apelación en Vivi.

Varias sociedades inglesas han ofrecido á Stanley los fondos necesarios para la construcción de los ferrocarriles de la catarata del Congo. Hutton, presidente de la Cámara de Comercio de Manchester, fué recibido por el rey, con el cual trató largamente sobre la cuestión. Al presente, el Congo se dividirá en cuatro grandes regiones, bajo la dirección de un agente superior, y son: 1.ª, *Bajo Congo*, cabeza de división, regida por Parmentier (inglés); 2.ª, *Cascada de Livingstone Stanley Pool*, regida por el conde de Pourtales (suizo); 3.ª, *El Congo medio*, por Massari (italiano); 4.ª, *El Alto Congo*, por Van Gele (belga).

El administrador general será Winton.

También este es asunto que interesa á España. Nuestro destino providencial es la civilización del Africa. Conviene no olvidar la política de Cisneros, conquistador de Orán.

X.

CARTA DE ROMA

Roma 27 de Febrero de 1886.



URANTE muchos días se ha continuado hablando de la supuesta carta dirigida desde Viena al conde Des Dorides, y de cuyo contenido, según dije en mi última, parecía desprenderse que altísimos personajes de la corte pontificia estaban complicados en la revelación y entrega de los mapas topográficos y de los planos de las fortificaciones italianas que dicen venía haciendo el Des Dorides al Gobierno francés. Parece averiguado que se trata de una maniobra, harto indigna, de quien quiso vengarse de algún Prelado por supuestos agravios recibidos mucho antes, según dicen, con ocasión de cierto incidente periodístico, que muchos ya tenían echado al olvido. Pero aunque el asunto de suyo no reviste gravedad, ha venido á tenerla por la conducta del Gobierno italiano. Debía éste comprender fá-

cilmente que se trataba de un documento apócrifo, y por medio de los órganos que tiene en la prensa debía desvirtuar al instante la publicación hecha por *La Tribuna* y los comentarios que muy pronto le añadieron otros periódicos; así mostró entenderlo el presidente del Consejo Sr. Depretis, cuyo órgano de Cámara entró desde luego en buen terreno; pero en cambio fué sumamente sensible el que el Sr. Taiani, ministro de Gracia y Justicia, manifestase en las Cortes italianas su opinión favorable á la autenticidad del consabido documento, cuando el diputado Sr. Del Giudice tomó á su cargo denunciarle como nuevo testimonio de lo «peligroso que es para Italia hospedar á la corte pontificia». Las inconsultas palabras del ministro italiano envalentonaron á los enemigos de la religión, siempre dispuestos para lanzar injurias y calumnias á la veneranda figura del Jefe augusto de la Iglesia. No es, pues, de extrañar si el Vaticano, según hoy anuncian los periódicos y confirman mis informes particulares, ha denunciado una vez más á las potencias católicas lo insostenible de la situación del Papa en Roma; se supone también que Su Santidad va á insistir sobre el mismo punto, de la insuficiencia de las leyes de garantías, en el discurso que muy probablemente pronunciará el día 2 del próximo mes de Marzo al recibir las felicitaciones que le dirija según costumbre el Sacro Colegio, con el doble motivo de sus cumpleaños y del aniversario de su coronación. La solemnidad de este aniversario propiamente no es más que religiosa, y se le celebra en la capilla Sixtina con la Misa que pontifica el Cardenal más antiguo entre los nombrados por el Pontífice actual; por este motivo las felicitaciones se adelantan á la víspera, en la que casualmente coincide el cumpleaños de Su Santidad. La vida de la Iglesia está siempre mezclada de amarguras y de triunfos: las leyes que rigen el mundo cósmico piden de vez en cuando huracanes y tempestades, y de la misma manera el orden actual de Providencia, libremente establecido por su Divino Autor, no aparta de la Iglesia rudos golpes y persecuciones; pero ¡ah! ¡qué triste papel toma para sí el Gobierno de Italia al encargarse de que ni un solo día tenga respiro y calma el Pontífice Romano! Dichosamente vela Dios por su Iglesia, y si quien menos lo debía con harta frecuencia repite á su madre los azotes y las espinas del día de la Pasión, no falta tampoco quien le proporciona al tercer día los triunfos de la Resurrección.

Ahora mismo se anuncian nuevas conquistas de la Iglesia en Australia y en las Indias, pidiéndose el aumento de la jerarquía católica en un punto y su regular establecimiento en el otro. Por lo que se refiere á las Indias, parece también que se ha arreglado definitivamente la cuestión del Patronato, cuyo ejercicio deseaban conservar nuestros vecinos de Portugal; para llegar á un perfecto acuerdo sólo falta la inteligencia sobre pequeños detalles y cuestiones incidentales, pero se espera llegue aquí de un día á otro el Obispo de Coimbra, quien por sus relevantes dotes y por el prestigio y favor de que goza cerca de las dos altas partes contratantes, viene muy á propósito para activar la resolución del importantísimo negocio.

Respecto á los rumores que han circulado sobre próxima inteligencia de la Santa Sede con el Celeste Imperio, francamente, yo sigo en mi opinión de que es muy prematuro cuanto se diga sobre envío de Nuncio á Pekín, aun prescindiendo de que, según tradición de la corte pontificia, el representante del Papa en país no católico no podría llevar título de Nuncio, y sólo de Delegado Apostólico. No desconozco que para Su Santidad y para los católicos en general ha de ser muy satisfactorio el que el potente Imperio de la China desee entrar en relaciones amistosas con la Santa Sede, la cual desde luego las aprovecharía para auxiliar y fomentar las misiones; pero tan consumada es la prudencia de la Santa Sede, que no creo infundado suponer exija garantías especialísimas antes de acreditar á un representante suyo cerca del emperador de China. También Francia trabaja para que esto no se lleve nunca á efecto, y aunque no lo merezca mucho, me parece que Su Santidad ha de guardarle alguna consideración.

L.

LOS GRABADOS

DOÑA ERNESTINA MANUEL DE VILLENA, FUNDADORA DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

(Véase la biografía, pág. 78.)

DESÓRDENES SOCIALISTAS EN LA PLAZA DE TRAFALGAR,
EN LONDRES, EL DÍA 8 DE FEBRERO ÚLTIMO.

En la Crónica universal de los números anteriores se han descrito los tristes y alarmantes sucesos ocurridos recientemente en la populosa capital de Inglaterra. Los desórdenes estallaron en la plaza de Trafalgar, al pie de la columna de Nelson, que es el lugar y la escena que representa nuestro grabado. Allí fueron asaltados los carros y coches por las turbas desenfrenadas, las cuales robaron sin piedad cuanto se les vino á las manos, emprendiéndola luego con las tiendas y almacenes, que sufrieron espantoso saqueo. La terrible jornada no terminó hasta las altas horas de la noche, porque los esfuerzos de la policía fueron impotentes para contener á turbas tan desesperadas y numerosas.

Aunque el drama no ha tenido nuevos actos, la alarma continúa en el comercio y clases acomodadas, y todos temen que la llamada cuestión social provoque con el tiempo catástrofes más terribles.

SAN JUAN DE DIOS SALVANDO DEL INCENDIO Á LOS ENFERMOS
DEL HOSPITAL DE GRANADA.

Cuadro del Sr. Gómez.

(Véase el artículo del Sr. de la Rada y Delgado, más abajo.)

ANTIGUA IGLESIA DE SAN MARTÍN EN MARSELLA, DEMOLIDA
POR DECRETO DEL GOBIERNO FRANCÉS DE 21 DE ENERO
ÚLTIMO.

Marsella, á pesar de su antigüedad, no es ciudad donde abundan los monumentos de la Edad Media. La iglesia de San Martín era una de las más estimables, no sólo por su mérito arquitectónico, sino por los recuerdos que á ella estaban vinculados. Por esto mismo la impiedad había puesto en ella sus ojos codiciosos de destrucción, y á pretexto de abrir una nueva y ancha calle, el Municipio acordó, con escándalo de la población, que se derribase. Alzaronse contra el acuerdo municipal los arqueólogos de una parte, el clero en masa, la gran mayoría de los vecinos de Marsella y muchas personas extrañas á la población que conocían y apreciaban este antiguo monumento de la piedad y del arte cristiano.

La cuestión llegó á tomar un carácter grave, porque la población estaba dispuesta á defender á todo trance su iglesia, y á la simple noticia de que iban á comenzar los trabajos de demolición, se formaban grupos amenazadores al rededor del templo, que á veces tenía que disolver la fuerza armada.

La cuestión estaba sometida al Gobierno, y no se hizo esperar un decreto del Presidente de la República, con fecha de 21 de Enero, confirmando el acuerdo del Municipio de Marsella y ordenando la inmediata demolición del venerable monumento cristiano.

Fué esta iglesia parroquia desde el siglo XI, y el 2 de Agosto de 1597 erigida en colegiata, con un abad, seis canónigos y dos vicarios perpetuos. En su larga historia, ha sufrido diversas restauraciones; pero conservaba el carácter del siglo XV, en que fué casi totalmente reedificada.

La Revolución ha devorado un monumento más del arte cristiano. El siglo XIX hace buena la memoria de los bárbaros.

SAN JUAN DE DIOS



GOBERNANDO la Iglesia Alejandro VI, los reinos de España los Católicos Reyes don Fernando y doña Isabel, y el de Portugal D. Juan II, el año de gracia 1495, tercero del Pontificado de aquel español célebre, nació en Montemayor de Portugal (Montemor ó Novo), en el arzobispado de Evora, la antigua *Liberalitas Julia*, que fué más tarde capital del Alentejo portugués, un niño que, andando el tiempo, había de inmortalizar á su primera patria, y á la que después fué digno teatro de sus virtudes, recibiendo los vivificantes rayos de su inagotable amor á los desvalidos. Si Montemayor fué la cuna de su vida humana, Granada fué la cuna de su santa vida, dejando en ella sus preciosos restos, tesoro inapreciable de aquel bienaventurado y bendito apóstol de la caridad. El 25 de Marzo, en el segundo día de Pascua de Resurrección abrió los ojos á la luz en Montemayor, y en 8 del mismo mes de 1550 dejaba en Granada aquella alma escogida su mortal vestidura, para gozar en el cielo el premio de sus virtudes.

Pobres sus padres, aunque ricos de fe, educaron cristianamente al único hijo que Dios les había concedido, esperando encontrar en él la esperanza de sus cansados días; pero apenas había cumplido ocho años, principió para Juan, que así se llamaba el niño, una existencia aventurera, que había de conducirle por inescrutable arcano de la Providencia á los mayores beneficios de la gracia. Robado por un extranjero, ó atraído por un seductor, abandonó á su patria en tan tierna edad, viéndose á su vez abandonado en Oropesa, donde no encontró más medio para atender á sus necesidades, que entrar como pastor al servicio de un amo. Así continuó sufriendo las vicisitudes de tan triste suerte, hasta que encon-

trándose fuerte y animoso á la edad de veintidós años abrazó la vida militar, formando parte de los ejércitos de Carlos V, y combatiendo como esforzado guerrero, primero contra los franceses en Fuenterrabía, y después en Hungría contra los turcos. La vida alegre de los campamentos le alejó un tanto del temor de Dios, que en medio de su errante y accidentada vida había conservado como inestimable recuerdo de sus padres; y roto así el más seguro freno de las pasiones humanas, se entregó á la peligrosa corriente del mundo, en la cual sólo sus desgracias mismas podrían detenerle, movidas por el favor de Dios, que vela en aquel pobre soldado, preciosísimo vaso de virtud ardiente, que sólo esperaba para manifestarse al mundo el momento fijado por la Providencia en sus inescrutables designios.

Pero en medio de su descuidada vida no le abandonaba el Señor, que le había escogido para despertar en el adormecido corazón de la humanidad los sentimientos de la más sublime de las virtudes, y siempre que volvía al cielo sus ojos evocando las salvadoras creencias que aprendió de sus padres, la bondad divina acudía en su auxilio, atrayéndole con sus bondades al camino que estaba llamado á recorrer. Así fue como habiendo caído un día de su caballo herido gravemente y en inminente riesgo de quedar en manos de sus enemigos, al invocar el poderoso amparo de la bendita Madre de Dios, se le apareció ésta socorriéndole, y manifestándole que la desgracia que estaba sufriendo reconocía por causa el haber olvidado la buena costumbre de rezar su santo rosario y cumplir sus antiguas devociones; y así también en otra ocasión en que le robaron una parte del botín, cuya guarda le habían confiado, y en que como ladrón, aunque inocente, debía haber pagado con la vida su imaginario delito, permitió Dios que una persona de la mayor influencia para sus jefes intercediera por él, alcanzándole completo perdón y haciendo brillar su inocencia.

Con esto, y comprendiendo que Dios no le llamaba á su santo servicio por la carrera de las armas, abandonó definitivamente el ejército después de la campaña de Hungría, y apenas desembarcó en la Coruña fué en peregrinación á Compostela, y de Galicia á Portugal, deseoso de estrechar entre sus brazos á sus padres, que lo creían perdido para siempre. Allí tuvo la triste nueva de la muerte de su madre, que no había podido resistir la pena de tan larga ausencia, y de su padre, que después de perder á la compañera de su vida, había muerto también en un convento de franciscanos. Aquellas irreparables pérdidas le afectaron tanto, que acusándose de ellas con inusitado rigor, se consideraba como un parricida y huía el trato de las gentes, aborrito sólo su espíritu en la acusación siempre severa de su conciencia. La soledad le atraía con su imponente silencio, y recordando sus antiguas ocupaciones, pasó á Andalucía, donde se acomodó para la guarda de sus ganados, con una señora que vivía no lejos de Sevilla.

En sus largas horas de soledad en medio de los campos, su alma abismada en la contemplación de lo infinito, á solas con su conciencia y con Dios, comenzó á entrever en la elevación de sus altos pensamientos, que el sacrificio de sí mismo en aras de su amor al prójimo, era el camino que Dios le señalaba para llegar hasta su santa gracia; y ansioso de realizar su destino abandonó á Andalucía y pasó á Africa para consagrarse al socorro de los cautivos cristianos y hasta rescatarlos, si á tanto llegaba su fortuna. No le fué dado, sin embargo, conseguirlo, pero deseoso de consagrarse al servicio de Dios en el de los desgraciados, entró en un hospital, donde se dedicó á servir á los pobres en los oficios más humildes, repitiendo frecuentemente á los poderosos, que Dios habría de castigar á los que cuidaban más de sus caballos que de los pobres y de los enfermos. Después, en Gibraltar, entró al servicio de un pobre desterrado que con su mujer y cuatro niños se encontraba en la mayor miseria, y lejos de buscar remuneración por su trabajo, le socorría dándole todo lo que ganaba como jornalero en las fortificaciones de Ceuta. No contento con estas obras de caridad, que atendían á socorrer á su prójimo en sus necesidades personales, procuraba evitar la perdición de las almas de los que, por el frecuente trato con los musulmanes, caían en la tentación de renegar de la religión verdadera; pero cediendo á los consejos de su confesor, y comprendiendo el peligro de vivir en contacto con los infieles, á pesar de su acendrada fe, volvióse Juan á España.

El barco que le conducía estuvo á punto de perecer combatido por los desencadenados elementos, en una horrible tormenta que le sorprendió en el estrecho de Gibraltar, y nuestro santo, siempre severo consigo mismo, atribuyendo aquella tempestad á sus pecados, rogó al piloto lo arrojarase al mar para que sufriera él solo la que consideraba pena de sus

pecados y que se salvaran sus compañeros; y de tal modo esforzó sus razonamientos, que el piloto ya se aprestaba á realizar el propósito de aquel extraño pasajero, cuando al terminar la que debiera haber sido su postrer plegaria, condensada en un *Ave Maria* dirigida á la Virgen, la tempestad cesó de repente, con lo que todos los que le escucharon y fueron testigos de aquel prodigio, comprendieron que el servidor de Dios era más poderoso para salvarles que para perderles.

Al volver á España encontróse sumido en la mayor pobreza, y para poder subsistir cumpliendo el deber de la propia conservación, dedicóse á un oficio que redundaba también en pro de la religión, pues consistía en vender estampas de santos y catecismos, principalmente á los moriscos que más necesidad tenían de confortarse en su nueva creencia; y al tiempo de entregar su preciosa mercancía, acompañaba el ejemplar al comprador con excitaciones á seguir siempre la senda de la virtud, y á practicarla especialmente en su hermosa manifestación de la caridad. Un día que iba á vender sus imágenes á una aldea cercana, se encontró á un pobre niño mal vestido y con los pies descalzos, y compadecido de él lo tomó en brazos, se lo colocó sobre los hombros y así se propuso conducirlo á reparador albergue; pero á poco de llevarle encima sintióse tan profundamente fatigado, por el extraño peso de aquel niño singular, que tuvo necesidad de detenerse en una fuente cercana para reparar sus casi agotadas fuerzas, rogando al pobre niño se bajase, pues ya no las tenía para continuar con tan grave carga. Entonces el niño descendió al suelo y mostrándose radiante de divinos resplandores, le presentó en su derecha mano una granada entreabierta en medio de la cual brillaba una cruz, dirigiéndole al mismo tiempo estas palabras: «Juan de Dios, Granada será tu cruz,» y dicho esto desapareció, comprendiendo Juan que aquel niño era el mismo Jesús que le dictaba la orden de sus futuros destinos.

Conociendo de este modo la voluntad de Dios, trasladóse sin perder momento á Granada, donde alquiló un pequeño portal detrás de la árabe puerta de Elvira, y á la entrada del barrio principal de los moriscos, para tener más fácil la ocasión de que adquirieran sus libros y esparcir con ellos la buena semilla de la religión verdadera.

Por aquel tiempo predicaba en Granada el célebre Juan de Avila, tan renombrado por ser uno de los maestros del habla castellana, como por sus virtudes y la eminencia de su doctrina, dirigiéndose su santa misión á afirmar en la fe á los recién convertidos musulmanes, y mantener vivo el fuego sagrado de la religión entre los cristianos; y como en uno de aquellos días predicase en el antiguo adoratorio mahometano, convertido en capilla cristiana dedicada á San Sebastián en las orillas del Genil, delante de la cual se entonó el *Te Deum* el día 2 de Enero de 1492, al tremolar el estandarte de la cruz en la torre de la Vela, y versase el elocuente sermón sobre las excelencias de la caridad, nuestro Santo, que por permisión divina escuchaba absorto la inspirada palabra del sabio misionero, sintióse tan fuertemente penetrado de santo amor, que deseando sufrir ante todo en descargo de las culpas que le exageraba su conciencia, empezó á pedir misericordia y á declararse el mayor pecador del mundo, y ansioso de purificarse por el sufrimiento, hizo tales demostraciones en las calles y aun en la catedral, siempre repitiendo: «¡misericordia! ¡misericordia!», que algunas personas piadosas movidas á compasión, teniéndole por loco, le llevaron al hospital fundado, para asilo y curación de dementes en la plaza llamada del Triunfo, por los Reyes Católicos. Usábanse entonces para el tratamiento de esta terrible dolencia del espíritu medios violentos, que mejor parecían crueles castigos de graves faltas, nunca imputables á los inconscientes enajenados; y Juan quedó sujeto á tan extraña curación, siendo azotado casi diariamente hasta hacerle saltar la sangre. No sólo resignado sino hasta con placer recibía tan injustificados golpes, repitiendo con admirable paciencia: «Azotad esta carne rebelde, pues justo es que sufra la culpa del mal que ha causado.» De este modo recibió gran número de azotes, y hubiera continuado aquel verdadero martirio, si el venerable Juan de Avila, que ya era conocedor de las virtudes del futuro santo, y á quien había hablado y sostenido en sus propósitos de dedicar su vida entera al servicio de los desgraciados, no le hubiera advertido que ya era tiempo de que cesase aquella aparente locura, y demostrado á los *humanos* enfermeros del hospital, que Juan no necesitaba de sus *cuidados*.

Con esto dejó aquella triste casa y se dirigió en peregrinación á Nuestra Señora de Guadalupe, sufriendo en el camino diabólica tentación. Preséntole un caballero ofreciéndole repleta bolsa de oro para que se socorriese en su extrema necesidad,

pero el piadoso peregrino respondió que había hecho voto á Dios de su pobreza, y que no podía aceptar aquel donativo sino á condición de distribuirlo entre los sacerdotes de la iglesia de Nuestra Señora para decirle misas; oído lo cual desapareció con su oferta el fingido caballero.

Apenas descubrió los chapiteles del templo en el horizonte, se prosternó besando humildemente la tierra, y desde allí siguió de rodillas hasta el venerado santuario. Ya en él empezó á rezar fervorosamente la conmovedora oración *Salve Regina*, y al llegar á la frase «vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos» corrióse el velo que cubría á la imagen de la Virgen en su camarín.

JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

(Se continuará.)

BLANCA

I



ERA una niña encantadora á quien sus padres amaban tiernamente, porque además de las gracias de su dulce y expresivo semblante, tenía una bondad de corazón y un carácter tan lleno de atractivo, que conquistaba el afecto de cuantas personas la hablaban una sola vez.

Sus padres, pobres gentes que apenas podían ganar lo necesario para vivir, se embelesaban contemplando aquel ángel que Dios les había enviado; pero al pensar en su porvenir se estremecían de inquietud y de pena, por miedo de que la vida de su hija no fuese menos amarga que la de ellos.

—Es triste,—decía la madre muchas veces mirando á Blanca con inefable ternura:—es triste no tener un pedazo seguro de pan que dejar á esta hija del alma el día que nosotros faltemos; porque de no casarse con una persona acomodada, ¿en qué puede ganar el sustento una mujer?

—Y lo peor es,—contestaba el padre,—que esta niña va á ser muy bonita, y en el mundo nada hay tan peligroso para la mujer como la hermosura, y si ha de andar trabajando en tiendas y talleres... peor que peor.

Con estas ó parecidas reflexiones la inquietud de los padres aumentaba á medida que Blanca crecía en edad y en belleza. Y eso que todo el mundo era á hacerse lenguas de las excelentes cualidades de la niña y de la exquisita delicadeza de sus sentimientos.

Había aprendido á leer y escribir correctamente, y como además tenía una voz simpática y agradable, un maestro se encargó de darle algunas lecciones de música para que pudiera cantar en algunas festividades religiosas del pueblo.

La primera vez que cantó, el auditorio se quedó asombrado, no sólo de la pureza y calidad de aquella voz infantil, sino del buen gusto y de la sensibilidad verdaderamente artística que denotaba la cantante.

La cual, por su parte, aunque no se daba cuenta del efecto que había producido en los demás, meditó acerca del efecto que en sí misma le había causado la música en una solemnidad religiosa, bajo las bóvedas del templo bizantino y ante el altar de la inmaculada Virgen cuya efigie parecía regocijarse al oír los acentos de amor y alabanza con que se la obsequiaba.

Gustó tanto de aquella impresión recibida, que la niña Blanca pidió encarecidamente á sus padres y al maestro que le permitieran cantar en la iglesia siempre que ocurriese, y sobre todo cuando hubiera que celebrar fiestas de la Virgen.

—Yo no sé,—decía la niña,—lo que tienen las fiestas de la Virgen; pero me parece que no he de cantar tan bien en ninguna otra.

—¿Ni en las fiestas de Navidad,—contestaba la madre,—cuando está el Niño rodeado de los pastorcitos en el pesebre de Belén?

—¡Ah! Entonces sí; pero es que también está allí la Virgen cuidando al Niño,—replicaba Blanca.

—¿Que la Virgen te proteja por el amor que le tienes!—decía á su vez la madre poniendo mentalmente bajo el amparo de la Reina de los cielos á su hermosa y pequeña devota.

II

No dejó, en efecto, de figurar como tiple obligada en las fiestas de la Virgen la niña Blanca, que con asombro del maestro mostraba cada vez más aptitud y más facultades para el canto.

La flexibilidad de su garganta, la pureza de su vocalización y la elegancia de su estilo, se desarrolla-

ron tanto en pocos años, que al llegar á la pubertad, Blanca gozaba de una verdadera reputación en todo el país; tanto, que los amigos y conocidos de la familia comenzaron á indicar la conveniencia de que la joven abrazase resueltamente la carrera de la música, en la que podía adquirir una fortuna y ser el apoyo y el consuelo de la vejez de sus padres.

Estos al principio se quedaron con la boca abierta como quien ignora que haciendo gorgoritos y fermatas se puede ganar un capital de mucha importancia. Después, llamaron al profesor de música y tuvieron con él una larga conferencia sobre este punto.

—Vamos á ver, señor maestro,—decía el padre:—¿es verdad que una joven que tiene buena voz y buena escuela de canto puede ganar tanto dinero que reuna lo necesario para vivir holgadamente sin trabajar en llegando á cierta edad?

—Pues ¿quién lo duda?—contestaba el profesor.—Puedo citarles á usted buen número de tiples que después de pasar mucha hambre en los primeros años de su juventud, adquirieron una fortuna cantando en los principales teatros de Europa. Sólo que no á todas les favorece la suerte de esa manera. Como en las demás profesiones, los privilegiados del arte son relativamente pocos, y muchos los que no pasan de los límites de una medianía recompensada con ruindad.

—¡Ah!—dijo la madre.—¿De modo que es preciso cantar en los teatros para obtener esas ganancias fabulosas?

—Claro está,—contestó el profesor.—Ya comprende usted que cantando en las iglesias nadie se hace rico.

—Pues entonces...—dijo la madre volviendo la cabeza de un lado á otro.

—Entonces ¿qué?—le interrumpió el padre.—¿Crees que nuestra hija no serviría para eso?

—¡Servir! Vaya si serviría. ¡Si ella es una bendición de Dios! pero quiero decir que el oficio tiene muchas quiebras... y más peligros que ningún otro: ¿es verdad ó no?

—No le falta á usted razón,—repuso el maestro:—y ya se sabe que el que ama el peligro perece en él, como dicen los libros santos, si no estoy equivocado. Mas no todas las cantantes de teatro olvidan sus deberes, y cuando se tiene buena educación cristiana es mucho más fácil librarse de las seducciones del mundo.

—¡Ah! no, no,—replicó la madre.—Mi pobre hija cantante de teatro: ¡ella tan buena, tan honesta, tan...! Nunca, nunca, mientras Dios nos dé un miserable pedazo de pan que llevar á la boca.

—Verdaderamente,—añadió el padre,—que sería de nuestra parte una mala acción dejar que nuestra hija se expusiera á esos riesgos por amor al dinero.

—Sin embargo,—objetó el maestro;—si llegara el caso, yo creo que ustedes debían pensarlo un poco, porque la chica es monísima y pudiera encontrar ahí un porvenir muy hermoso, sin menoscabo de su virtud.

—Que no, que no,—repetía la madre.—Mi hija no será nunca mujer de teatro.

—Tiene razón ésta,—apoyaba el padre.—¡Nuestra Blanca cantatriz! Jamás: aunque tuviera yo que arrancar piedras con los dientes.

III

Esta enérgica decisión de los padres de Blanca no les impedía soñar muchas veces con la fortuna y los triunfos que podría conquistar su hija si llegara á ser uno de los astros de la escena lírica.

Sobre todo, cuando algún periódico hablaba, por ejemplo, de los sueldos enormes que ganaba la Patti ó la Nilsson; del afán con que se las esperaba en las grandes capitales del mundo, y de las ovaciones con que los públicos más inteligentes y distinguidos manifestaban su admiración, los pobres padres de Blanca lanzaban tales suspiros, que la misma hija llegó á comprender lo formidable de la batalla que sostenían con sus propias convicciones los infelices y honrados autores de sus días.

Ya joven y desarrollada, y más hermosa que nunca, Blanca hizo un viaje á París en compañía de su anciano maestro, que se empeñó en llevarla para que oyese á las notabilidades de la capital.

No duró más de un mes la expedición; pero en ese tiempo Blanca asistió á los mejores conciertos, al teatro italiano y al de la grande Opera, y tomó una idea general de lo que era aquella vida del arte, á la cual tenían tanto horror sus padres.

El maestro observaba la impresión que en su ánimo producían semejantes espectáculos, y con grande asombro notó que Blanca, lejos de mostrar entusiasmo y sorpresa por lo que veía, encerrábase en una reserva tan extraordinaria y singular, y adoptaba

una actitud tan severa y reflexiva, que el buen maestro se convenció de que su discípula carecía de la primera de las condiciones necesarias para dedicarse á cualquier arte: la vocación.

Volieron al pueblo, y el maestro dijo á los padres de Blanca que no tuvieran cuidado ninguno por su hija: que ella en todo pensaba menos en dedicarse al teatro.

Alegráronse de veras los padres al saberlo — á pesar de los sueños que de vez en cuando solían acariciar allá en su interior — y abrazando cariñosamente á Blanca, no le ocultaron la satisfacción que sentían con tal motivo.

Pero calcúlese cuál sería la sorpresa de los padres al oír de labios de su hija la siguiente declaración:

—He meditado mucho sobre lo que he visto en París, y he estudiado bien las impresiones que me causaban, así la habilidad de aquellos grandes artistas como los aplausos del público y la atmósfera que reina en el teatro; y después de esto, segura de mí misma, y puesta la confianza en la Virgen, á quien he dedicado los primeros acentos de mi voz, vengo á decir á ustedes que estoy resuelta á dedicarme á la escena, si ustedes no me niegan su bendición.

Nada tuvieron que contestar los padres á esta inesperada salida. Llamaron inmediatamente al maestro, y diéronle cuenta de lo que ocurría, que, por cierto, era de todo punto contrario á lo que él les había dicho.

El maestro, estupefacto, habló largamente con Blanca, y después de oír de sus labios lo mismo que sus padres le habían anunciado, creyóse en el caso de aconsejarles que no se opusieran de ningún modo á la determinación de la joven artista, porque mujer que con tanta cautela, madurez y frialdad había procedido en aquel asunto, difícilmente sería burlada por las arterías del mundo, aunque ese mundo fuera el de las bambalinas y telones.

Diéronse los padres á partido, y la joven Blanca, acompañada de su maestro, volvió á París á completar su educación musical con los recursos que pudieron proporcionarle su familia y sus buenos amigos, admiradores al mismo tiempo de su voz y de su virtud.

IV

Algunos años después, Europa entera repetía el nombre de Blanca como el de una de las *divas* más aplaudidas y celebradas de nuestra época.

Su voz era fresca, flexible y simpática, y tan adecuada para la música rosiniana, como lo eran su gracia y su belleza para interpretar los papeles del género ligero.

Una sonrisa constante iluminaba su preciosa boca, y una mirada franca, noble y serena resplandecía siempre en sus grandes y negros ojos. Pero nadie le faltaba jamás al respeto, ni tenía nada que decir de su conducta. Al contrario: sus colegas de profesión solían murmurar por lo bajo de la extraña *beatería* de Blanca.

Habían llegado á saber que todas las mañanas oía misa con mucha devoción en la iglesia más inmediata; que comulgaba con frecuencia, y que cuando el público la obsequiaba con ramos de flores, ella se apresuraba á depositarlos en el altar de la Virgen... Esto en una mujer de teatro era extravagante y ridículo, según el común sentir de la gente de bastidores.

—Si esto hace una tiple — decían las compañeras — ¿qué deja para las monjas?

—Será sobrina de alguna abadesa, y se habrá educado en el convento con la tía.

—¡Ca! — observaba una maliciosa. — Eso es que cree más fácil pescar marido haciéndose la beata. ¡Ya sabe la niña lo que trae entre manos! Una tiple devota no se ve todos los días, y siquiera por la singularidad es posible que engañe á algún tonto.

Pero hasta semejantes murmuraciones se acabaron cuando se supo que jóvenes distinguidos y bien acomodados le habían ofrecido su mano, y que ella, con la amabilidad y la modestia más encantadoras, había rehusado sus ofertas.

El respeto y la consideración con que todo el mundo la trataba subió de punto al saberse estas negativas; bien que la envidia, siempre en acecho de interpretaciones malévolas, llegó á encontrarse con ésta:

—¡Bah! Es una egoísta, una codiciosa que no piensa más que en acumular dinero para darse buena vida cuando se retire del teatro.

V

Los padres de Blanca tenían noticias frecuentes de su querida hija, y sin dejar de pedir á la Virgen que la amparase, lloraban de alegría cada vez que

los periódicos daban cuenta de los triunfos que alcanzaba en los primeros teatros de Europa.

— ¡Nuestra adorada Blanca! — exclamaban. — Una buena artista, una buena hija y una buena cristiana; ¿qué más podemos desear? ¡Y temíamos que se nos echara á perder! ¡Oh, no! Los ángeles son ángeles en todas partes, hasta cuando se rozan con los condenados.

Pero un día se quedaron sorprendidos al leer que Blanca daba una función de despedida definitiva, porque pensaba retirarse de la escena. Mayor, sin embargo, fué su sorpresa cuando á poco de esto se

presentó Blanca en casa de sus padres, y después de abrazarlos cariñosamente, sacó un rollo de papeles y les dijo:

— He aquí, padres míos, la fortuna que he logrado reunir con mi voz. No es tan grande como yo quisiera, pero basta para que ustedes pasen el resto de sus días tranquilos y felices, y sin que la sombra de la necesidad venga á entristecer su casa. Esto he pedido á la Virgen, y esto me ha dado. Ahora me toca á mí corresponder á sus infinitas bondades.

— ¿Cómo? — preguntaron los padres cada vez más sorprendidos.

— Consagrándole mi corazón y mi voz — contestó ella. — Esta voz ha cantado las pasiones humanas; en adelante sólo debe cantar las alabanzas divinas.

Los padres no acababan de comprender lo que oían, pero llanto de admiración y de ternura bañó aquellos honrados semblantes al ver á Blanca arrodillada delante de la Virgen diciendo:

— ¡Madre de mi alma! Perdóname el tiempo que he empleado mi voz en armonías profanas. Desde el claustro ya no será mi acento más que para ti y para tu Hijo.



DESÓRDENES SOCIALISTAS EN LA PLAZA DE TRAFALGAR, EN LONDRES, EL DÍA 8 DE FEBRERO ÚLTIMO.

La primera vez que Blanca cantó en el coro de su convento, hasta los ángeles aletearon de alegría al escucharla, creyendo que cantaba uno de los suyos bajo forma de mujer.

Los periódicos han anunciado que Blanca Donadío, la hermosa tiple que hemos visto muchas veces en la Encarnación oyendo misa devotamente y ofreciendo ramos á la Virgen de los Dolores, iba á tomar el velo, después de entregar á sus padres todo lo que ha ahorrado en su brillante carrera de artista.

¿No sería posible que Blanca Donadío fuese la heroína de la sencilla historia que acabo de contaros?

VALENTÍN GÓMEZ.

DOÑA ERNESTINA MANUEL DE VILLENA Y DREYER

No vamos á referir aquí la vida ejemplar de Ernestina, sobre todo en los veintisiete años en que se ha consagrado por completo á la obra del Asilo, porque asunto tan abundante en sucesos providenciales merece un libro que, Dios mediante, se escribirá algún día, recogiendo las noticias que hoy andan desparramadas en la memoria de sus amigas y compañeras. En estas cuartillas vamos á consignar algunos datos generales acerca de su vida, para que

acompañen al retrato suyo, que insertamos en la página primera.

Nació Ernestina en la ciudad de Lucca, en Italia, el día 5 de Septiembre de 1830. Su padre, D. Manuel Manuel de Villena, era á la sazón encargado de Negocios cerca de la corte de Lucca, en Toscana. Su madre, Doña María de la Asunción Dreyer, era hija del Sr. D. Cristóbal Dreyer, Ministro que fué de Dinamarca en Madrid. Ambos esposos, personas piadosísimas, de profundas convicciones católicas, amantes de las antiguas y gloriosas tradiciones españolas, y adictos con la fidelidad de su noble sangre á la causa monárquica, tan combatida ya entonces por el espíritu revolucionario. Ernestina, con su hermana Carolina, se amamantaron en estas ideas y sentimientos, estrechamente unidas á su señora madre, de quien recibieron su educación, por reunir cuantas prendas estimables pueden apetecerse en una madre cristiana y mujer fuerte.

Los sucesos políticos de aquel tiempo influyeron poderosamente en la suerte de esta familia, que padeció lo que no es decible por la causa realista, sufriendo largos y penosos destierros, que menguaron considerablemente su fortuna. Ernestina, que desde la infancia dió muestras de las cualidades que más tarde habían de convertirla en heroína de la caridad, vino muy niña á Madrid, pues á los seis años se hallaba en Pau con sus padres y hermana, permaneciendo en esta ciudad francesa hasta el de 1843, en que regresó á Madrid para salir de nuevo en el año de 1844, en dirección á Burdeos.

En estos cortos meses que vivió en Madrid, hizo su primera comunión en la iglesia de San Luis de los Franceses, redoblándose desde entonces su piedad y singularmente su devoción á la Virgen del Carmen y á San José, que ha sido la más ardiente de su vida.

En 1853 visitó la Ciudad Eterna, complaciéndose en venerar las grandes reliquias que atesoró allí el celo y devoción de los Papas, y en admirar los triunfos de la Iglesia sobre las instituciones del paganismo, perpetuados en los monumentos de Roma. Padecía por entonces grandes dolores de garganta, y en una audiencia con el Padre Santo, logró de él una bendición especial para lograr el alivio de su padecimiento. Pío IX la distinguió con este y otros favores, como si aquel caritativo Pontífice, tan amante de los huérfanos, previese ya que aquella joven había de ser con el tiempo la fundadora de tan importante Asilo y de tantas obras heroicas en beneficio de los niños desamparados.

Antes de salir de Roma, quiso pasar unos días de retiro, y lo tuvo en la casa de las religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, en la Villa Santi. Por estos pasos iba adelantando en el camino de la perfección, y robusteciéndose su gran corazón para las batallas de la caridad.

Poco después vino á Madrid, donde huérfana ya de padre, tuvo la inmensa pena de perder á su señora madre, el 29 de Enero de 1859. Esta fecha es importantísima en la vida de Ernestina, pues según nos ha referido varias veces, de ella arranca su vo-



SAN JUAN DE DIOS SALVANDO DEL INCENDIO Á LOS ENFERMOS DEL HOSPITAL DE GRANADA.
Cuadro del Sr. Gómez.

Ayuntamiento de Madrid

cación para la obra de los huérfanos. Era su director espiritual a la sazón el famoso P. Cumplido y se trataba mucho con una religiosa de San Vicente de Paul, Sor Marie, residente en la calle de Hortaleza, la cual siempre se estaba lamentando de que no existiese en Madrid un Asilo para niños huérfanos. La amistad de Sor Marie, y la dirección y consejo del P. Cumplido, influyeron poderosamente en la vocación de Ernestina.

Para distraerla, así como a su hermana, de la pena que las abrumaba a la muerte de su madre, Sor Marie las presentó a la Madre Lesseps, superiora de las Ursulinas de San Antonio del Prado, la cual las hizo asistir a las Juntas de jóvenes educandas que allí se celebraban semanalmente para ocuparse en confeccionar ropas de iglesia. En estas Juntas concibió Ernestina la idea ya práctica de fundar un Asilo, y por medios providenciales que sería largo referir, la fundación se llevó a cabo el 2 de Julio de 1859. Ella y su buena amiga la Señorita Doña Clara Arrazola, formaron el núcleo de la Asociación que hoy cuenta con más de ochenta asociadas. El Asilo se estableció en un piso principal de humilde casa de la calle de la Parada, que costaba siete reales diarios. Una pobre viuda recibió el encargo de cuidar allí de los dos huérfanos que formaron la base del Asilo. El grano de mostaza es hoy árbol frondoso, bajo cuya sombra benéfica caben más de cuatrocientos huérfanos.

La vida de Ernestina, desde la fundación del Asilo, está inseparablemente unida a la historia de esta institución caritativa. Por eso aquí cerramos estos apuntes, que tendrán cumplido desarrollo en el libro que se dedique más tarde a referir esa historia, llena, como hemos dicho antes, de hechos edificantes, donde se ve palpable la mano de la Providencia divina.

No podemos, sin embargo, terminar estas líneas sin decir que Ernestina hace algunos meses que estaba presintiendo su muerte, y aunque ha muerto de anginas malignas y no de enfermedad del corazón, como ella temía y temíamos todos, ha dejado tan ordenados los múltiples asuntos que traía entre manos, que en nada se ha resentido, a Dios gracias, la marcha de la obra. Su previsión llegó hasta designar su sucesora, designación que ha sido recibida con júbilo por todas las señoras de la Asociación, no sólo por la persona en quien ha recaído, a todas luces dignísima, sino porque viniendo de ella no puede menos de abrir una nueva era de prosperidad para el Asilo.

El cadáver de Ernestina, por dificultades administrativas, no ha podido ser desde luego enterrado en la iglesia del Asilo; pero Dios mediante, cuando pasen los años que establecen las leyes, será trasladado a este sitio, para que sus restos venerandos sirvan como de cimiento a la obra por ella edificada.

v.



EL DUQUE DE ALMENARA¹



TRA víctima ilustre ha señalado el ángel de la muerte, arrebatándola de entre nosotros. Ni el dolor de una madre desolada y de un anciano padre; ni las oraciones y lágrimas de hermanos y amigos cariñosos; ni los solícitos afanes de la humana ciencia: nada ha bastado a detener el rudo golpe, que atropelló juventud, riqueza, talento, clara estirpe, dignidades y honores; pues todo lo tenía D. José de Martorell y Fivaller².

El duelo es tan general como profundo. Si los padres y hermanos lloran al ser querido, ornato y alegría del cristiano hogar; si la aristocracia queda sin uno de sus más firmes sostenedores; la religión pierde un defensor valioso; la poesía y la oratoria, un cultivador insigne; la amistad, un dechado; la juventud cristiana, un compañero incomparable; la sociedad toda, un caballero.

Muchos que no pertenecemos a la familia del ilustre prócer, ni a las altas clases sociales, recibimos cartas de pésame, como si hubiéramos perdido

un hermano. En una de ellas dice un amigo de provincias a otro de Madrid:

«He sentido en el alma la muerte del duque de Almenara (q. s. g. h.). Conservaba de él inolvidables recuerdos de la primera Asamblea de la Juventud Católica y de otra época posterior. Sé, además, cuánto te quería y cuánto hizo por ti. Era todo un caballero cristiano. ¡El Señor lo haya recibido en sus brazos...! ¡Cuánto vacío va haciendo la muerte a nuestro alrededor!»

Así escriben otros; así hablan muchos; así sienten todos: porque el duque de Almenara vivía modestamente y era sencillo y bondadoso de condición; y por sus aficiones literarias y por su espíritu católico, tuvo en academias y sociedades y en el hogar doméstico, trato frecuente y amistad estrecha, no sólo con los suyos, sino también, y más quizá en ocasiones, con los que estábamos separados de él, por la jerarquía, que desvanecía; por la fortuna, engendradora de soberbias y tiranías; por la política, que divide y envenena.

Nada de esto entibió jamás el cariño del duque de Almenara, que trataba constante de igual a igual a todo el que fuera, como él, honrado y caballero; y más gozaba departiendo de literatura con un amigo, que asistiendo a los salones del gran mundo, en los cuales, sin embargo, brillaba con sólo presentarse; como brillaba há tiempo por su ausencia, y era buscado y aplaudido por sus finos modales, por su exquisita cortesía, por su amena y siempre culta y discreta conversación.

No se hablará mucho del duque de Almenara en casinos y tertulias de recreo, ni en sociedades de baile ó de sport: allí no es conocido. Su vida, que perteneció principalmente a la familia, hay que buscarla en la Universidad, en las sociedades literarias y católicas y en las Asambleas legislativas y deliberantes, donde se le vió siempre en primera línea. Siendo todavía estudiante, y estudiante aprovechadísimo, hizo con gloria sus primeras armas en una asociación privada de jóvenes, intitulada *La Amistad*; en *La Armonía*, sociedad pública; en *La Cruzada*, revista católica fundada por sus jóvenes compañeros, y en otra reunión de carácter privado también, que se llamó *La Alborada*; sobresaliendo poco después en *La Juventud Católica*, en la Academia de Jurisprudencia, y más tarde en el Congreso de los Diputados.

Era la *Armonía* sociedad católica, sin carácter político, presidida por el Sr. Orti y Lara, y entre cuyos fundadores ó socios estaban Aparisi y Guijarro, Villoslada, Vinader, Vildósola, Tejado, el marqués de Heredia, Pagasartundua, Salido, Castroveza, Almela, el malogrado Pérez Hernández y otros varios. Allí, en brillantes sesiones literarias y públicas conferencias, se distinguió el duque de Almenara, entonces joven marqués de Monesterio, leyendo tiernas y delicadas poesías y pronunciando preciosos discursos; valiéndole muchos aplausos unas interesantes, amenas y eruditas conferencias que dió acerca de San Eulogio y los mozárabes.

Pero el campo de los triunfos del duque de Almenara fué *La Juventud Católica*, a cuya fundación contribuyó poderosamente, así como su hermano, el actual marqués de Villel, con Catalina García, el marqués de Cerralbo, Melgar, Citolí, los Arrazola y otros, que hallamos en su consejo y auxilio grandes elementos para la obra. Poco después respondieron a nuestro llamamiento Pidal, Nocedal y otros jóvenes distinguidos, creciendo la asociación como árbol frondoso, y extendiéndose por toda España, y cundiendo a Italia y a otros países, con las reiteradas y amorosísimas bendiciones de Pío IX, el aplauso entusiasta del episcopado y el concurso de todos los buenos. El entonces marqués de Monesterio, vicepresidente en la primera Junta directiva, nos presidió luego algunos años, con tanto celo como inteligencia y cariño, y presidió la primera y espléndida Asamblea general, donde, gracias a Dios, fueron sofocados fácilmente los gérmenes de perturbación y de ruina que, por desgracia, dieron después sus frutos. No es esta ocasión de hablar de ellos; pero lícito será decir, sin ánimo de molestar a nadie, que si, conforme a los consejos y mandatos de Pío IX y de todos los Obispos, se hubiera respetado siempre la proposición que apoyó Barrio y Mier en la Asamblea, y que fué unánimemente aprobada, porque tendía a evitar que dentro de la asociación se manifestaran divisiones ni preferencias políticas y dinásticas, acaso *La Juventud Católica* sería hoy un gran baluarte de defensa contra el espíritu anticristiano del siglo.

A esto aspiraban todos, sin duda, aunque por medios ó procedimientos diferentes. El duque de Almenara luchó como bueno cuanto le fué posible; y su talento, su palabra, su actividad, su inspiración poética, estuvieron siempre a disposición de la Academia, dando gloria y esplendor a sus grandes so-

lemnidades religiosas y literarias, presididas muchísimas veces por uno, dos, tres y más Prelados, Obispos y Arzobispos, Nuncios y Cardenales. Aquellos salones fueron honrados por la presencia y la palabra de los Emmos. Franchi, García Cuesta, Moreno, Simeoni y Payá: allí hablaron los difuntos Caixal, de Urgel; Blanco, de Valladolid; Fr. Jacinto, de la Habana: allí asistían y dirigían la palabra al público otros muchos que murieron también, y no pocos que viven todavía, como los Prelados de Burgos, Avila y Daulia, el cual oficiaba, además, con bondadosa constancia en nuestra solemnidad del Jueves Santo. Allí, en nuestros salones, como en la iglesia, se veían amorosamente congregados jóvenes ilustres de toda España, algunos ya terribles adversarios políticos: allí concurrían asiduamente los grandes, los senadores y diputados, los escritores católicos todos y un pueblo numeroso y entusiasta, que nos miraba con indecible cariño.

No fueron escasas las pruebas de él que, de ese público, en gran parte tradicionalista ardiente, y de todos, recibió el duque de Almenara, que jamás faltaba a su puesto de honor. Una vez sola, mientras permaneció en la Academia, hubimos de lamentar su falta; pero porque había ido a visitar el sepulcro de los Apóstoles y a recibir la bendición de Pío IX, que, poco después, le honraba con la gran cruz de San Gregorio el Magno.

No siendo entonces, y por tal motivo, a *La Juventud Católica* lo posponía todo: y en sus juntas y consejos, y en su tribuna, se le veía constantemente. ¡Lástima grande que no se hayan publicado los muchos discursos que allí pronunció! Poesías, aunque tiene muchas, se han publicado también muy pocas. Las publicadas, como las inéditas, se distinguen por la delicadeza del sentimiento y por la corrección y elegancia del estilo. Era el poeta, como el orador, como el hombre todo, más que impetuoso, afable; más que imponente, dulce y afectuoso. Muchas veces, sin embargo, se levantaba el público entusiasmado para aplaudirle trozos de varonil y robusta inspiración y párrafos oratorios llenos de fuego. Su *Oda a la esperanza* y su poesía *El tercer dolor de la Virgen*, las aprendimos todos; porque el público no se cansaba de pedir que las recitase: y él lo hacía con un tono tan insinuante y dulce; con un ademán y un gesto tan animados y atractivos, que nos tenía en constante suspensión y embeleso...

Aun me parece estarle oyendo dirigir a la Virgen, que lloraba por su Hijo perdido, estas bellísimas estrofas que vienen a mi memoria, y por las cuales parece que ha pasado el espíritu de Fr. Luis de León ó de San Juan de la Cruz:

¿Mas por qué, Madre mía,
Así te afanas y conduelas tanto?
¿No es Jesús tu alegría,
De su Padre el encanto,
Y no es su Padre el Dios tres veces santo...?

Él guiará con su rayo
La senda de Jesús; los querubines
Revestirán de Mayo
La tierra, y los confines
Hebreos de violetas y jazmines.

Los ángeles la palma
De la mano abrirán, para que en ella,
Hermosa mar en calma,
Su planta pose bella
Y no resbale al estampar su huella.

Y las alas sonoras
Agitarán para arrullar el sueño,
En las nocturnas horas,
De su divino dueño,
Y le darán tu imagen por ensueño...

¡Memorias queridas de un tiempo hermoso que pasó para no volver!... ¡Venid a refrescar el corazón entristecido, aunque llenéis de lágrimas los ojos! ¡Venid a quitarme veinte años de carga, como decía mi pobre amigo pocos días há, oyendo unos humildes versos de la feliz adolescencia...!

En ella puede decirse que estaba todavía el duque de Almenara, cuando, en su deseo de concurrir a todas las obras planteadas en defensa de la Religión, tomó a su cargo la cátedra de Estética en el conato de universidad que, con el nombre de Estudios Católicos, se fundó en Madrid al estallar la revolución de Septiembre. Allí, como en todas partes, desempeño brillantemente su cometido, siendo celebradas sus lecciones por la pureza y abundancia de la doctrina, la firmeza y discreción de los juicios y el sabor académico de su correcta palabra: así como fué grandemente celebrado un discurso que por aquel tiempo pronunció en la Academia de Jurisprudencia, combatiendo la doctrina revolucionaria de los derechos individuales, y que le valió la honra de ser nombrado académico profesor; honra que ha conseguido muy pocos, como él, con un solo discurso. En el Congreso de los Diputados, donde

¹ En el número próximo publicaremos el retrato, que está grabándose, y algunas poesías del malogrado Duque, que nos ha facilitado su familia.

² Pertenecía a la más ilustre y antigua nobleza mallorquina. Nació en Ciudadela de Menorca el año 43, primogénito de los marqueses de Albranca y la Lapilla, y era duque de Almenara-Alta, marqués de Monesterio, grande de España de primera clase, caballero del hábito de Calatrava, gran cruz de Carlos III y de San Gregorio el Magno, gentilhombre de Cámara, maestrante de Valencia, abogado, académico profesor de la de Jurisprudencia y Legislación, Diputado a Cortes, etc., etc.

siempre estuvo al lado de Pidal, á quien profesaba entrañable afecto, habló rara vez; quizá porque no era muy dado á las luchas políticas: pero cuando habló, lo hizo con gran elocuencia, especialmente al defender la unidad católica, aspiración ardiente de su vida; que fué la ocasión en que puso con más empeño y amor al servicio de la verdad, las singulares dotes con que Dios le había enriquecido. A la Unión Católica no perteneció nunca: tal vez por cansancio; quizá por desencantos anteriores; acaso por verla entre luchas que él deploraba, y por su creciente inclinación al retiro, que, de salones y sociedades de todo género, ha sido completo en los últimos años...

Pero en el duque de Almenara había dos aspectos salientes, dos cualidades distintivas, dos hombres, digámoslo así, que formaban el fondo de su carácter: el caballero y el amigo. Digno descendiente de aquel canceller de Barcelona que se expuso á la muerte por defender los fueros populares contra el poderío de un monarca, el duque de Almenara no miraba en su ilustre cuna un título de vanidad, sino una obligación de ser mejor; de conservar pura y de confirmar y avalorar, con la adquirida, la heredada nobleza.

No buscó esto por los caminos de la ambición; antes por el contrario, jamás pensó en conquistar el poder público ni los puestos preeminentes, que, con facilidad, habría podido conseguir: se limitó á obrar con rectitud y á cumplir los que él entendía deberes de caballería y de justicia. No es menester, ni sería discreto, entrar en pormenores de la intimidad, que son, sin embargo, los más significativos: basta consignar ligeramente lo que es público y notorio entre cuantos le trataban, para que resalten sus excepcionales dotes de carácter. Afecto á la dinastía de Doña Isabel II, y ligado á ella por vínculos de gratitud, no pensó en abandonarla ni un solo instante en los días del destierro, y sirvió al difunto rey don Alfonso con celo, con desinterés, con verdadero y correspondido amor. En este punto no transigía, y sostuvo empeñadas, aunque amistosas polémicas, sobre sí, por impulsos religiosos y patrióticos, se podían ó pudieron seguir las banderas de Don Carlos después de haber servido y acatado como legítima á la augusta señora. Mas por su espíritu de equidad y condición caballeresca, tampoco entendía que los comprometidos antes ó después en la causa carlista, pudieran pensar en servir á Don Alfonso; y ni aun para hacer el mayor beneficio al rey que tanto amaba, y muchísimo menos por su interés personal, hubiera querido menoscabar la consecuencia, no ya de un noble ó persona por algún concepto ilustre, que esto ni le ocurría pensar, pero ni del más humilde nombre tradicionalista. Creía y decía, resumiendo su modo de pensar, que, en ocasiones, un hombre podrá tener el derecho y quizá el deber de retirarse de la vida pública, pero nunca trocar por otro, el príncipe que consideró legítimo.

Esta lealtad, esta hidalguía, este respeto á los demás, informaban todos sus actos y regulaban su conducta pública y privada. Para conceder su afecto y estimación á una persona, atendía solamente á las cualidades morales é intelectuales que despertaban su simpatía, y no á la clase ni á la fortuna. Su intimidad la concedía difícilmente; pero no se creía dispensado de ninguna consideración social, aun con los que gustosos le dispensaban de ellas, y á cuyas más sencillas atenciones correspondía con fineza; sin permitirse, sobre todo con sus desiguales, ni la más leve chanza, ni la menor palabra ofensiva ó mortificante; ni el menor gesto que significara descortesía, orgullo ó desdén. El hombre de más humilde condición podía confiarle su causa, seguro de que no le negaría la justa defensa, ni comprometería sus intereses, su decoro ó su nombre, ni menos los sacrificaría á la pasión ó al interés del poderoso y fuerte. No desconocía las cualidades buenas de sus adversarios, ni de las mismas personas que, por cualquier falta, hubiesen perdido su estimación.

En cuanto á sus amigos; todos, grandes y pequeños, y más los jóvenes católicos de uno y otro campo, hallamos siempre en él, discreto confidente, consejero leal y cariñoso y servidor infatigable. A cualquier hora, con cualquiera ocasión, podía buscarsele, con la seguridad de hallar en él la misma afable acogida, la misma hermosa y rarísima igualdad de ánimo. No era menester pedirle: él se adelantaba solícito á satisfacer nuestros deseos ó necesidades. Sin haber recibido, ni prometerse utilidad alguna; sin alardes ni encarecimientos, hacía los mayores beneficios, con una generosidad y una delicadeza nada comunes, que aumentaban su valor. No se cansaba: antes bien, parece que un favor hecho le obligaba á dispensar cuantos pudiese á una persona. Multiplicaba sus atenciones y finezas hacia los mismos que favorecía, para que no se sintiesen humillados ó pe-

queños ante él. Nada más lejos de su noble corazón, al hacer un beneficio, de cualquiera clase que fuese, que contratar paga, y mucho menos reclamar usura, á corto ni á largo plazo. Favorecía con pura intención, por afecto y nobleza de ánimo, sin pretender jamás constituir en dependencia al favorecido. No había para él cosa más triste que la falta de caballería; ni vicio más feo que la ingratitude; ni exceso más vituperable que el abuso de poder. Por quien le hubiese hecho el favor más insignificante se creía obligado á todo; y si él necesitaba el más pequeño servicio de aquel á quien más hubiese favorecido, guardaba exquisitos miramientos, lejanos de la afectación, huyendo de que pareciese imposición ó exigencia lo que formulaba en cariñoso ruego y estimaba como preciosa dádiva. Así encadenaba, sin pretenderlo, los corazones y las voluntades, haciendo dulce y suave la gratitud que quizá ninguno le negó, guardando todos en la memoria perenne el recuerdo de sus beneficios, que él no recordaba y hubiera tenido á mengua mencionar.

¿Cómo, cuándo ha de ser olvidado tan generoso, tan leal y tan constante amigo? ¿Cómo no derramar lágrimas ante su sepulcro, prematuramente abierto? Corren y correrán por las mejillas de los que habitamos este mundo triste, y más triste desde que hemos perdido el tesoro de su amistad, consolados sólo con la confianza de que gozará en el seno de Dios delicias eternas, lavadas las culpas de la humana fragilidad por su cristiana y ejemplarísima muerte. En esto ha querido el Señor derramar inefables consuelos sobre todos los que sentíamos el hondo pesar de ver que llegaba su hora postrera. La enfermedad que iba minando su existencia, producía, tiempo ha, cierta inquietud en sus deudos y amigos, que veíamos pálido, demacrado y triste al antes animoso joven; pero ni los temores eran grandes todavía, ni él se consideraba enfermo sino de pasajera y leve dolencia. De pronto, una exacerbación del padecimiento obliga al doctor á mandarle permanecer en el lecho: la gravedad aumenta: nuevos doctores visitan al enfermo, y antes de que formulen el triste pronóstico, dice él á su solícita hermana, que, como su amorosa madre, no se separaba un instante de la cabecera: «Pero ¿es que estoy grave?... Llama al P. Soldado, que quiero morir como cristiano.» Y recibió el Sacramento de la Penitencia, y, al siguiente día, con gran fervor, el Santo Viático y la Extremaunción que pidió también él mismo.

Cuatro días puede decirse que duró la agonía del moribundo, señalada por horrible disnea, por incesante fatiga y angustiosos accesos; y ni un momento perdió la paz aquella alma tan santamente fortalecida. Excepto en los instantes de delirio, que de descanso ninguno había, hablaba afablemente de cosas del cielo, teniendo recuerdos cariñosos para algunos deudos y amigos, y palabras de amor para sus padres, hermanos y servidores, de todos los cuales quiso despedirse al partir para la eternidad. Y al llegar el instante supremo; pidiendo la bendición al anciano autor de sus días; diciendo á su madre que dejaba contento el mundo y que no llorase, y encomendándose á la Madre y Abogada celestial de los pecadores, entregó al Señor su espíritu, que morará venturoso, por la misericordia divina, entre inmortales glorias, ante las cuales son menos que polvo y menos que humo todas las grandezas de la tierra.

FRANCISCO SÁNCHEZ DE CASTRO.

ROBESPIERRE

(Continuación.)

Escena V.

ROBESPIERRE, LUEGO EL MARQUÉS DE SAN GERMÁN.

ROBESPIERRE.

Justina le habrá ya avisado... ¡Ah! Por allí viene... Encontrados sentimientos se disputan mi corazón, como si las divinidades benéficas y malignas riñesen dentro cruda batalla... Debiera bañar mis palabras con la miel de la persuasión y de la súplica, y sólo siento en mis labios el amargo dejo de la hiel... (Sale el marqués de San Germán.) Aquí está. Ya no es tiempo de retroceder... (Se adelanta.) Señor marqués de San Germán, ¿podéis concederme algunos minutos de atención?

MARQUÉS.

Mi hija me acaba de decir que deseabais hablar-me... Estoy á vuestras órdenes. ¿Qué se os ofrece?

ROBESPIERRE.

Antes de exponeros mi demanda lisa y llanamente, permitidme que os diga algo del que os la va á

dirigir. Yo, como sabéis, no pertenezco á vuestra clase. Soy un abogado, hijo también de abogado, y debo la reputación que gozo en Arrás, no á los méritos de mis antepasados, sino á los míos.

MARQUÉS.

Conoció mucho á vuestro padre, que fué honradísima persona y estuvo encargado de los asuntos de mi casa. Algo le debéis sin duda ninguna. Le debéis nobles ejemplos, le debéis una constante tradición de integridad y de pericia profesional, que no perdéis nada en imitar.

ROBESPIERRE.

En el círculo que entonces encerraba con límites de hierro á los hombres de su nacimiento y profesión, mi padre cumplió con lo que se debía á sí mismo y no me estaría á mi bien (á pesar de que, según mis ideas, el hombre es hijo exclusivo de sus obras) el contradecirlo. Pero los tiempos han cambiado, señor Marqués. Hoy nadie se atreve á poner en duda que todos los seres humanos nacen con iguales derechos. Los méritos no se heredan ni se transmiten, y ningún hombre tiene más que los que él sepa adquirir.

MARQUÉS.

Comprendo adónde vais á parar. No queréis ser hijo de nadie; pero ¿dejaréis por eso de ser hijo de vuestro padre? Permitidme que os diga, que vuestras teorías no son lisonjeras para el que os dió la vida, y que si él os oye desde la mansión inmortal, adonde, piadosamente pensando, le han llevado sus virtudes, no ha de quedar muy contento de vos.

ROBESPIERRE.

Mi padre es polvo, señor Marqués, y el polvo no oye ni piensa.

MARQUÉS.

(Reprimiendo su disgusto.)

¡Ah! Me habían dicho que erais uno de los corifeos de la filosofía sin Dios que hoy se propaga locamente por todas partes; pero no os creía tan avanzado. De todos modos, supongo que no habréis solicitado esta entrevista, con la esperanza de convertir á vuestras ideas al marqués de San Germán.

ROBESPIERRE.

No abrigo semejante propósito; pero he creído que la petición que tenía que hacerlos, exigía que llamase antes vuestra atención sobre la realidad de los tiempos y de las cosas. Necesitaba que consideraseis al que tiene la honra de hablaros, no por el prisma de vuestras preocupaciones de sangre y de clase, sino por el de la razón y por el de las sabias y equitativas leyes de la naturaleza, que no admiten entre los hombres más origen de diferencias que el de la virtud.

MARQUÉS.

De muchas retóricas necesita lo que tenéis que decirme; no es esa buena señal. Hablad; ya sé que gozáis reputación de elocuente orador, no sólo en el foro, sino en otros sitios, en donde, por el afecto que os profeso, quisiera veros menos conocido y ensalzado. Ya sé que estáis en camino de llegar en vuestra profesión á los primeros puestos.

ROBESPIERRE.

Nos acercamos, señor Marqués, al día en que no ha de haber ninguna grandeza inaccesible para los hijos del pueblo.

MARQUÉS.

Vuestra imaginación de joven va muy de prisa.

ROBESPIERRE.

Más de prisa van las ideas. Tras de las ideas vendrán los hechos... Pero ya es tiempo de que os hable del motivo que me ha obligado á pedir os esta entrevista, que va á decidir probablemente de mi destino.

MARQUÉS.

(Con inquietud.)

¿Tan grave es lo que tenéis que decirme?

ROBESPIERRE.

Juzgadlo vos mismo. Sabéis que desde niño frecuento vuestra casa.

MARQUÉS.

Sí. Aunque neguéis la virtud de la herencia, lo cierto es que habéis heredado la estimación y el afecto con que aquí era recibido vuestro padre. Este lazo ha sido bastante fuerte, para resistir cuanto habéis hecho en estos últimos tiempos por romperlo, con vuestras acciones y palabras hostiles á la nobleza. Tenéis además otro título para hallar buena acogida en mi casa, el de ser amigo de Enrique, que aunque algo más joven que vos, ha hecho en vuestra compañía parte de sus estudios.

ROBESPIERRE.

Vuestra contestación decidirá si esa ha sido una fortuna ó una desgracia para mí. Venía á vuestra casa atraído por la amistad y encontré en ella además el amor. No pude tratar á Justina sin sentir por ella el más suave y el más imperioso de los sentimientos de la naturaleza. Mi corazón, sometido al influjo de sus gracias inocentes y naturalmente inclinado á las tiernas emociones, se esforzó por romper el encanto; pero ¿puede la flor dejar de abrirse bajo la acción vivificante de los rayos del sol? ¿Está en la mano del hombre negarse á sí propio, contrariando los afectos que la madre naturaleza le inspira?

(Momentos de silencio embarazoso. El rostro de Robespierre se pone sombrío.)

MARQUÉS

¿Conque amáis á mi hija...?

ROBESPIERRE.

¿Os pesa, marqués de San Germán?

MARQUÉS.

Señor Robespierre, ahora me toca á mí hablar. ¿Sabe Justina que la amáis?

ROBESPIERRE.

Lo sabe porque yo se lo he dicho.

MARQUÉS.

Atrevido habéis andado. Como amigo de Enrique eráis bien recibido en mi casa; pero ¿quién os ha dicho que lo seríais igualmente como amante de su hermana? (Atajando á Robespierre, que quiere hablar.) Os ruego que no me interrumpáis. Aun tengo que haceros otra pregunta: ¿Justina ha acogido bien vuestra declaración?

ROBESPIERRE.

Soy amado, marqués de San Germán.

MARQUÉS.

(Turbado.)

¡Ah...! ¿Y venís, según eso...?

ROBESPIERRE.

Vengo á pedirlos la mano de vuestra hija.

(Justina aparece en la puerta del fondo y escucha.)

Escena VI.

MARQUÉS, ROBESPIERRE Y JUSTINA.

MARQUÉS.

Vuestra petición me sorprende. Si me fuera lícito contestarla dejándome llevar del natural impulso de mis ideas y con arreglo á las constantes tradiciones de mi casa, no os separaríais de este lugar sin una respuesta decisiva. Pero en lo que acabáis de decir, hay algo que hace vacilar mi corazón de padre. Antes de daros una respuesta, necesito hablar con Justina. O la opinión que tengo de ella es completamente equivocada, ó ignoraba, al autorizaros á pedir su mano, que hay entre los dos algo más que una desigualdad de nacimiento, que una diferencia social.

ROBESPIERRE.

(Con acritud é irritación que van creciendo á medida que avanza el diálogo.)

¿Y qué más puede haber entre dos corazones que aspiran á juntarse y confundirse, obedeciendo los sagrados instintos de la ley natural, más que vuestras odiosas preocupaciones de casta?

MARQUÉS.

Sí, puede haber algo más que eso, joven insensato, y aunque no lo hubiera, bastaría para obligarme á reflexionar, la manera altiva y soberbia con que presentáis vuestra demanda. ¿Creéis por ventura hacer con ella un honor insigne á la familia del marqués de San Germán?

ROBESPIERRE.

¿Y creéis vos que vuestra sangre azul perdería algo mezclándose con la sangre pura de un hijo del pueblo, que puede ser mañana árbitro de vuestros destinos? ¿Perdería algo el árbol decrepito y podrido próximo á caer, recibiendo la savia generosa del árbol joven y robusto que se levanta á su lado? Vos representáis la vieja Francia que muere, yo la nueva Francia que nace.

MARQUÉS.

(Animándose.)

Lo que vos representáis, es el odio, que aspira á lanzar unos contra otros á los hijos de una misma madre. Venís á pedir con la amenaza en los labios, y no es esa la manera de obtener nada de los hombres de mi raza. (Reprimiéndose.) Pero la nieve de los

años ha enfriado ya los hervores de mi sangre, y la altanería de vuestro lenguaje, no conseguirá hacerme olvidar que soy padre. Todavía el tierno amor que profeso á Justina sería capaz de hacer violencia á opiniones y sentimientos contra los cuales nada pueden vuestras huecas declamaciones; pero, lo repito, entre mi hija y vos se interpone algo más que un obstáculo de nacimiento. De vuestros labios han salido palabras que demuestran que pertenecéis al número de los fanáticos furiosos, que no contentos con pedir la decadencia y hasta el exterminio de la nobleza, osan alzar pendones contra el mismo Dios. Justina es mujer, y no sería ella la primera que, arrastrada por el amor, consintiera en aliarse con un enemigo declarado de su familia; pero necesitaría oírlo de sus labios, para creerla capaz de unir su suerte con la de un enemigo de su fe.

ROBESPIERRE.

Os comprendo. Queréis atravesar entre Justina y yo, entre el amor y la vida, el vano y frío fantasma de vuestras caducas supersticiones. Aspiráis á que la religión de los curas, deshaga lo que ha hecho el instinto natural y aprueba la razón, única divinidad digna del culto de un hombre libre. Vano intento, marqués de San Germán. Vuestra hija me ama, yo la amo á ella. Nuestros corazones no han tenido necesidad para entenderse, ni de vuestro permiso ni del de los curas; ni deberían tenerla tampoco para unirse, si añejas instituciones que ya vacilan sobre sus cimientos, sacudidas por el poderoso aliento de las nuevas ideas, no me obligaran á pedirlos que confirméis lo que la naturaleza ha sancionado con soberana autoridad.

MARQUÉS.

(Indignado.)

Jamás, bajo mi cristiano techo, han sonado semejantes blasfemias. Si Justina os ha oído hablar así y no os ha arrojado de su presencia, no es hija mía.

ROBESPIERRE.

Obligado por ella, he consentido en poner á vuestras plantas mi dignidad para que podáis pisotearla. Harto sabía yo lo que debía esperar de vuestro insensato orgullo de casta. Pero decidido á apurar la hiel de una repulsa y á deponer en aras del amor el sentimiento de lo que soy y de lo que valgo, no quiero deberos ni siquiera el paliativo de una dilación irrisoria. ¿Me otorgáis ó no me otorgáis la mano de vuestra hija?

JUSTINA.

(Adelantándose pálida y resuelta.)

¡Decidle que no! padre mío. ¡Decidle que no!

ROBESPIERRE.

¡Justina!

MARQUÉS.

¿Estabas ahí?

JUSTINA.

(Colocándose entre los dos y dirigiéndose á su padre.)

Decidle que vuestra hija acaba de ver los abismos de su corazón y se ha estremecido de espanto. Decidle que mientras ella le sacrificaba todas sus repugnancias de familia, él no se ha creído ni siquiera obligado á respetar la dignidad de vuestras canas, ni á acordarse de que sois mi padre. ¿Qué puede esperarse de un hombre que en ocasión tan solemne, no acierta á presentar su amor sino por entre llamaradas de soberbia, que es la pasión que le avasalla? No, no es capaz de amar á nadie el que tanto se ama á sí mismo. Los dulces sentimientos que por él abrigaba mi pecho, se han disipado helados de espanto, al contacto de su palabra rencorosa. Creo inútil aseguráros, padre mío, que las ideas que acabáis de oír de sus labios, acerca de la libertad del amor, no se han hecho para vuestra hija, que nunca, y ese hombre lo sabe muy bien, consentiría en darle su mano sino bajo la égida protectora de la bendición de Dios y de la bendición paterna. Decidle, por último, que vuestro mismo consentimiento no sería capaz de obligarme á aceptar el nombre de quien blasfema hoy de la religión, para perseguirla quizá mañana.

(Pausa.)

MARQUÉS.

(A Robespierre.)

Ya lo habéis oído. Deseabais una contestación y yo no hubiera podido dárosela más cumplida.

ROBESPIERRE.

(Con ira concentrada.)

Veo en efecto que la comedia ha terminado. La humillación debía ser completa y cada actor ha representado perfectamente su papel.

JUSTINA.

¡Ah! desdichado ¿Qué estáis diciendo?

ROBESPIERRE.

Sí, marqués de San Germán; sí, Justina de Nerac; habéis humillado á Robespierre. El tiempo os enseñará á qué precio se pagan las ofensas hechas á un hombre como yo. Habéis convertido el más suave de los afectos en la más voraz y terrible de las pasiones, la pasión de la venganza; y yo os juro, que cuando caigan hechos pedazos vuestros pueriles escudos y se hundan estos dorados artesones sobre vuestro orgullo, no será la mano del hombre á quien habéis afrentado la que os saque del abismo. Tiembla, tú, sobre todo, Justina, que has representado el más odioso de los papeles en esta farsa indigna, que quizá no tarde mucho en convertirse en tragedia.

(Sale precipitado.)

JUSTINA.

¡Qué horror! Perdonadle, padre mío. La ira ha perturbado su razón.

MARQUÉS.

(Tristemente.)

¿Le amabas, Justina?

JUSTINA.

Le amaba, padre mío, le amaba. (Vacila.) ¡Le amo!

(Cae desmayada.)

FIN DEL PRÓLOGO.

C. SUÁREZ BRAVO.

(Se continuará.)

¡¡CHIST...!!**II**

El hermano Domingo había hecho una hora de meditación ante el Santísimo Sacramento, siguiendo su distribución ordinaria, y ayudado luego la Misa al Rdo. P. Superior. Después de terminados sus deberes de María, comenzó á desempeñar sus funciones de Marta: puso á hervir un puchero de agua, para preparar las tres jicaras de chocolate que servían de desayuno á los tres únicos Padres que á la sazón se hallaban en casa; tomó él por su parte, de pie, en la cocina, una taza de café, bebido, con un pedazo de pan seco, y encubriendo después un canasto debajo del manteo, se fué como todos los días á hacer la compra en el mercado, acariciando una idea que de mucho tiempo antes proyectaba.

Era el 3 de Diciembre, fiesta de San Francisco Javier, apóstol de las Indias y patrón de los misioneros de la Compañía, y el hermano Domingo había decidido contribuir á la fiesta, presentando en la humilde mesa de la Comunidad un plato de su inventiva. Porque era el hermano Domingo una especialidad en su género: genio atrevido y algún tanto nebuloso, verdadero Goethe de los cocineros, despreciaba los clásicos preceptos de Apicio en su libro *De re culinaria*, para despeñarse en un océano de salsas románticas, con que pretendía hacer pasar las patatas por faisanes, y las judías por pechugas de pollo; salsas capaces de resistir á todo análisis químico, que debieron de inspirar á Veuillot, huésped por tres días en una casa de jesuitas, aquella dolorida frase: — *O Jésuites! étant ce que vous êtes, que n'avez-vous de meilleurs cuisiniers...?*¹

La pobreza cortaba las alas al genio culinario del hermano Domingo, y por eso se había fijado tan sólo en unos modestos pimientos rellenos: compró, pues, en el mercado como extraordinario cuatro de éstos, dignos por su tamaño, color y figura de servir de gorro frigio al mismo Washington en persona, y tomó de nuevo el camino de su casa, absorto en combinar los ingredientes del relleno, con esa pureza de intención, con esa santa sencillez propia del alma justa y verdaderamente espiritual, que gana tanto cielo al pie de una hornilla como en lo alto de un púlpito. Encontróse en la puerta con una vieja de malísima catadura, que le preguntó si podría hablar dos palabras con el P. Antonio.

— Su reverencia estará en el confesonario, contestó el hermano Domingo.

La vieja pareció quedar contrariada é irresoluta, y sacando al fin una carta del pecho, la dió al hermano, suplicándole la entregase al P. Antopio con la mayor urgencia. Domingo le prometió que así lo

¹ ¡Oh jesuitas! ¡que siendo lo que sois, no tengáis mejores cocineros...!

haría, y entrándose en la casa, dejó la puerta, como tenía de costumbre, un poco entornada.

Mientras tanto, el P. Superior había entrado en su cuarto con aquel aire entre apresurado y satisfecho, propio del que, libre ya de otras ocupaciones, espera entregarse descansadamente a una que le es favorita. Era un hombre de gran viveza, ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni joven ni viejo. Sólo una cosa había notable en su fisonomía: la mirada. Una mirada que despedía á veces esos relámpagos de inteligencia que revelan genio, á veces esos destellos de piedad que denuncian al santo. Porque era aquel Padre cierto famoso publicista cuyas obras corren traducidas en todos los idiomas, guiando á todas las inteligencias; cierto varón ejemplar que supo resistir á la adulación y despreciar la calumnia, parapetado tras una sola máxima de un libro precioso. — *No porque te alaben eres mejor, ni tampoco más vil porque te vituperen.* — Santa verdad de Pero Grullo, tan difícil de comprender á quien no tiene en el corazón el espíritu entero de ese libro admirable que lleva por título *Contemptus mundi.* — *Desprecio del mundo.*

Había en uno de los extremos del aposento, cerca de la ventana, una mesa de verdadero sabio: papeles, folletos, manuscritos, libros antiguos y modernos abiertos y cerrados, en lenguas vivas y muertas, la cubrían por todas partes, y descollando entre todos aquellos monumentos del saber humano, elevábase en medio ese otro monumento del saber y del amor divino, libro de par en par abierto á todo el que quiere buscar en sus cinco páginas, camino seguros, dudas resueltas, esperanzas fundadas. — ¡Un Crucifijo!

El P. Superior se detuvo junto á la mesa el tiempo necesario para sacar su tabaquera y tomar un polvo de rapé: hojeó mientras tanto varias revistas y periódicos llegados el día antes; leyó tres líneas de un artículo alemán que encomiaba su última obra, y murmurando entre dientes: — Antes que me lo dijeras tú, me lo había ya dicho el diablo, — los arrojó sobre la mesa, y se puso á hacer su cama, oculta en un rincón, detrás de una cortina blanca. Su Reverencia, á fuer de grande hombre iba siempre á lo sustancial, y por eso la cama quedó bien pronto arreglada sustancialmente, con los pies más altos que la cabecera, las almohadas torcidas, y la colcha arrastrando por un lado y en alto por el otro, con una notable falta de simetría y de gracia.

Arrodillóse después en un reclinatorio de pino sin pintar, sobre el cual se hallaba colgada una estampa del Sagrado Corazón y otra de San Ignacio, y rezó devotamente el *Actiones nostras*, etc. Entonces dejó escapar un suspiro de bienestar, como quien dice: — ¡Ya estamos listos! — y sentándose en su sillón, comenzó á revolver libros y papeles. Poco á poco fué animando su fisonomía, coloreáronse sus mejillas, y centelleáronle los ojos: entonces cogió la pluma y se dispuso á escribir. Mas antes, tomando una fotografía de la Virgen que se hallaba al pie del Crucifijo, le estampó un beso con la sencillez y gozo infantil con que un niño besaría á su madre, y exclamó en voz alta y vibrante:

— *Quot grammata scribam, tot laudes tibi persolvo...*

En el mismo momento sonaron dos golpes en la puerta. El pobre P. Superior volvió angustiado hacia ella los ojos, miró luego la blanca cuartilla que le convidaba á escribir sus conceptos, y sin soltar la pluma, dijo al fin pacientemente:

— ¡Entre...!

Entró entonces otro jesuita, joven, pausado en sus movimientos, cuyo rostro reflejaba una extraña mezcla habitual de serenidad y cansancio moral, parecida á la que retrataría el semblante de un ángel desterrado en la tierra. Adelantóse pausadamente, con el bonete en una mano, y la carta entregada por la vieja al hermano Domingo en la otra. Era el P. Antonio.

— ¡Cúbrase, Padre mío, cúbrase por Dios! exclamó el P. Superior al verle; y con un tonillo apresurado que revelaba sin quererlo él, su deseo de terminar pronto, añadió: ¿Qué hay, Padre mío qué hay...?

El P. Antonio comprendió que llegaba á mala hora, y replicó volviéndose hacia la puerta:

— Si está ocupado V. R...

— ¡Oh, no...! ¡digo, sí...! pero no importa... Ese Damirón las cuaja en el aire, y en este momento iba cogiendo el hilo de su ovillo... Se empeña en que la libertad del hombre cesa donde comienza la presciencia divina, y... pero diga, Padre mío, diga...

Y el buen P. Superior miraba desconsolado la cuartilla de papel en blanco, conociendo al mismo

tiempo que el ovillo de Damirón se le enredaba de nuevo.

— Hágame V. R. el favor de leer esta carta, dijo el P. Antonio tendiendo al Superior la que tenía en la mano.

— Léala, Padre mío, léala usted mismo y me ahorra trabajo, replicó éste, que luchaba á brazo partido por retener en la memoria todo lo que antes le ofrecía el entendimiento.

— Es de una pobre alma extraviada que quiere volver al redil, dijo el P. Antonio comenzando á desplegar la carta.

— ¡Pues abridle de par en par el aprisco! exclamó el P. Superior con vehemencia. Y como si ya no tuviese otra cosa que hacer, soltó la pluma, se quitó las gafas, y echándose atrás en el sillón, cruzó las manos y comenzó á dar vueltas á los pulgares.

El P. Antonio leyó pausadamente:

«La gracia del Espíritu Santo sea con Vuestra Reverencia...

— ¿Eh? le interrumpió el Superior, haciendo un mohín de extrañeza.

— Que la gracia del Espíritu Santo sea con Vuestra Reverencia, repitió el P. Antonio.

— ¡Amén! dijo el Superior meneando la cabeza; y tomando un polvo de su tabaquera, añadió: Adelante, Padre mío, adelante.

«Un alma desvalida, prosiguió el P. Antonio, acude á su caridad suplicándole por los méritos de nuestro adorable Redentor y de su Santísima Madre, concebida sin pecado, que no desoiga sus ruegos. La gracia de nuestro Señor Jesucristo ha movido mi corazón, y deseo confesar mis culpas para lavar mi alma en las saludables aguas del sacramento de la Penitencia. Esto me expone sin embargo á grandes peligros, porque hace treinta años que el enemigo común del linaje humano me precipitó en las sociedades francmasónicas, y si los sectarios sospechan que he ido á confesarme, comprometiendo sus secretos, me asesinarían sin piedad en la primera ocasión. Por eso, después de pedir auxilio al Padre de las luces, he imaginado un plan salvador, que sujeto á la aprobación de V. R., y que sin duda me ha inspirado el Espíritu Santo, deseo de salvar mi alma. Mande V. R. que esta noche á las once esté abierta la puerta de su casa, y apagadas las luces del zaguán y la escalera; abra V. R. la puerta de su aposento, que cae frente á frente de esta última, y espérame allí, también á oscuras; porque así podré llegar á sus pies y confesarme, sin riesgo de que nadie reconozca la persona de este ruin pecador que se ve acechado por todas partes.

» Le pido, Padre, por las entrañas de Jesucristo nuestro Señor y Dios, que guarde acerca de esto el mayor secreto, y no desprecie estas súplicas de que pende la salvación de mi alma; y si consiente al fin en lo que le propongo, ate un pañuelo blanco en la reja de la segunda ventana de su casa, antes de las doce del día de hoy, 3 de Diciembre de 1885.»

— Y por toda firma, concluyó el P. Antonio con la misma calma con que había leído, hay al pie de la carta una cruz.

— Detrás de la cual asoma los cuernos el diablo, replicó el P. Superior con viveza. — ¡Sí, Padre mío, sí! prosiguió con su vehemencia natural, viendo que el P. Antonio le miraba extrañado; el diablo, que por esta vez quiso hacerlo tan calvo, que se le saltaron los sesos... Porque, mire, Padre mío: un pez de ese calibre que se arrepiente, da gritos, y sollozos, y hasta rugidos... pero no se expresa en esos devotísimos términos, que parecen dictados por una monja escrupulosa que va á confesarse de que dijo al gato: — ¡zape! — con alguna impaciencia... En una palabra, Padre mío: esa carta amanerada no está sentida; luego es falsa...

— ¿Pues de quién puede ser entonces...?

— De cualquier bribón que quiere cobrar al padre Antonio alguna que éste le ha hecho.

El P. Antonio abrió de par en par sus ojos cándidos y puros como los de un niño, y preguntó afligido:

— ¿Pero sabe V. R. de alguien á quien haya podido yo hacer daño...?

— Sí que lo sé, Padre mío, sí que lo sé... Todos los días le está dando malos ratos al diablo... Cada alma que le arranca es una muela que le saca... Fíjese si es verosímil que le haya dirigido una cartita tan devota por mano de cualquiera de sus secretarios.

— Pero dice tan explícitamente que quiere confesarse...

— ¡Pues claro está, que no ha de decir que le quiere sacar los ojos...! Y si no, vaya atando cabos, Padre mío: usted trae revuelto á todo X** con sus Círculos de obreros, sus misiones, sus trabajos continuos en las cárceles, en los hospitales, y donde quiera que puede cazar para Cristo un alma, por ruin que sea... Todos los días caen en su confesona-

rio peces del mayor calibre, que iban ya en posta camino del infierno, y ya los periódicos de la secta comienzan á ocuparse del P. Antonio... Hace dos días, nada más que dos días — fíjese en esto y no me diga una palabra de ello, — ha confesado usted á un francmasón moribundo, gran personaje en la secta, á quien Dios nuestro Señor, en sus altos juicios, ha mirado con misericordia en su última hora... Y he aquí que á los dos días, justamente á los dos días, otro masón devotísimo, que conoce palmo á palmo nuestra casa, pues hasta sabe que su aposento de usted cae frente á la escalera, se siente movido por la gracia del cielo á confesar sus culpas con el P. Antonio, á media noche, á oscuras, y con las puertas abiertas para poder entrar, y claro está que también salir, sin el menor riesgo... Y todo esto inspirado por el Espíritu Santo... ¡Hum...! Mucho tiene que soplar sobre mí el Espíritu Santo, si quiere inspirarme que me trague este anzuelo.

(Se concluirá.)

MISCELÁNEA

Hace diez años justos que el profesor Graham Bell inventó el teléfono, y nueve que el pequeño aparato americano hizo su aparición en Europa, donde se le recibió con entusiasmo, concediéndole gran atención el público é ingeniándose los electricistas de todos los países en perfeccionarle, haciéndole más sensible, más intenso y más cómodo. La listas de estos colaboradores de su inventor llenaría una columna de nuestro periódico: Hughes, que encontró la invención original del micrófono; Edison, Gray, Phelps, Gower, Ader, Trouvé, Ochrowitz, etcétera, etc.

En cuanto al desenvolvimiento de la idea telefónica, ésta siguió una marcha progresiva tan rápida que no puede ser comparada con nada. Ni el vapor, ni el telégrafo eléctrico hicieron, en sus comienzos, tan loca carrera. Se puede formar idea de los resultados obtenidos, consultando la curiosa estadística que publica el *Bulletin International des Téléphones*.

He aquí el número de las redes telefónicas y de los abonados en todos los países de Europa el 31 de Diciembre de 1885:

	Redes.	Abonados.
Gran Bretaña é Irlanda.....	89	15.114
Alemania.....	91	14.733
Italia.....	16	8.346
Francia.....	20	7.175
Suecia.....	15	5.705
Rusia.....	20	5.280
Suiza.....	36	4.900
Bélgica.....	7	3.365
Austria.....	11	3.032
Países Bajos.....	8	2.493
Dinamarca.....	2	1.370
España.....	3	594
Portugal.....	2	350
TOTAL.....		72.457

Turquía, Servia, Bulgaria, Rumania, Grecia, Montenegro y Luxemburgo no tienen todavía redes telefónicas; En Asia y en Africa la *Oriental Telephone Co* tiene 371 abonados en Rangoon, Mauricie, Singapore, Colombo, Madras, Mulmien; la *Téléphone Co of Egypt* 434 en Alejandría y el Cairo; la *China and Japon Co* 139 en Shanghai; la *Bengale Téléphone Co* 336 en Calcutta, y la *Bombay Telephone Co* 281 en Bombay y 14 en Kurrachee.

En América, los Estados-Unidos poseen redes casi innumerables. Hay quince principales en Nueva York, Chicago, Cincinnati, Brooklyn, Filadelfia, Providencia, Detroit, Boston, Pittsburgh, Baltimore, Cleveland, Buffals, San Luis, con unos 30.000 abonados entre todas.

Buenos Aires tiene una red con 1.544 abonados, y Montevideo otra con 389.

La ciudad de Europa que cuenta con mayor número de abonados es Berlín, que tiene 4.248.

En los dos últimos meses casi se ha duplicado en España el número de abonados, y eso que aquí todavía es caro el abono, porque cuesta sesenta duros al año. Cuando se abarate, el teléfono vendrá á ser de un uso casi general.

Nuevo descubrimiento, referido en los siguientes términos por *El Comercio* de Nueva York:

«Un ingeniero de este país acaba de inventar un velocipedo marítimo, en el cual se puede pasear sobre las olas del mar con la misma facilidad que se pasean los velocipedistas sobre la tierra. Se han hecho ya varios experimentos con el mejor éxito. Dicho aparato consta de dos flotadores en forma de tiran-

¹ Quisiera darte tantas alabanzas cuantas letras escribiere.

tes, que desalojan 1.400 litros de agua, y están unidos por varillas que sirven para soportar una especie de barquilla. Entre los dos tirantes va una rueda motriz de paletas que pueden mover una ó dos personas, accionando sobre pedales giratorios iguales á los de los velocípedos.

» La persona colocada delante gobierna el velocípedo, que funciona fácilmente para dar vuelta en un radio igual al doble de su longitud: un guardacuerpo con baranda garantiza la seguridad de los tripulantes.

» Con ese velocípedo se obtiene en el agua una

velocidad media de 10 kilómetros por hora, aun remontando una corriente bastante rápida.

» Un niño puede manejarlo con la mayor facilidad. Pesa todo él 400 kilogramos; los movimientos de los tripulantes no afectan á la estabilidad del aparato.»

El día 18 de Febrero último, fué bendecida solemnemente por el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Vich la preciosa iglesia ojival levantada en Puig-Agut en el llano de Vich y consagrada al Sagrado Corazón de Jesús.

En el acto de la bendición el Ilmo. Dr. Morgades celebró de pontifical, cantando la misa la capilla de música de la catedral de Vich. El Sr. Obispo hizo después una sentida plática alusiva al acto, al que asistieron los Rdos. Párrocos vecinos, las autoridades y personas conocidas del país. Terminada la función religiosa, se leyó un acta de la fiesta en la que se hizo constar la cooperación que han tenido en la obra autoridades y personas de todas las clases sociales. Su Santidad el Papa León XIII ha bendecido la obra y la Junta nombrada para su realización.

HAZAÑAS DEL MODERNO VANDALISMO.



ANTIGUA IGLESIA DE SAN MARTÍN EN MARSELLA, DEMOLIDA POR DECRETO DEL GOBIERNO FRANCÉS DE 21 DE ENERO ÚLTIMO.

Según leemos en un periódico, las obras de la catedral de Sevilla continúan con gran actividad.

El martes se terminó por completo el desarme de las carpinterías auxiliares, que han sido destinadas á la reparación del pilar del Evangelio, y á reconstrucción de la bóveda del mismo nombre y de la colateral izquierda contigua al presbiterio; y se está terminando el armado de las de igual género destinadas á la reparación del contrafuerte y pináculo contiguo á la Giralda.

En esta hermosa torre adelantan, cuanto es posible, las obras de restauración que hay necesidad de efectuar, en combinación con la red metálica, destinada á formar el pararrayos, debiendo ya esta última quedar pronto terminada.

El célebre pintor Munkacz, acaba de terminar un precioso cuadro que representa la *muerte de Mozart*.

El gran compositor se encuentra moribundo en el lecho, y sus discípulos y amigos predilectos ejecutan la inmortal misa de *Requiem* del maestro, como si quisieran endulzar los últimos momentos de su vida con aquellas sublimes armonías célicas.

Munkacz ha interpretado tan admirablemente esa patética escena, que cuantos le vefan dar los últimos toques á su grandioso lienzo decían sorprendidos que á aquellas figuras sólo les faltaba la palabra, el eco melódico. Los gestos, las actitudes, todo habla en ellos menos los labios.

La señora del insigne artista concibió entonces una idea tan peregrina como nueva.

Para realizarla Munkacz ha dado una originalísima fiesta en su artístico hotel de París.

Damas de alta sociedad, diplomáticos y notabilidades del más alto rango invadieron el estudio del célebre pintor. A la hora señalada el recinto quedó de pronto á oscuras, descorrióse la cortina que cubría el lienzo, y apareció éste iluminado de lleno por una luz intensa, las figuras parecían moverse. Al mismo tiempo, el órgano, el piano y varios artistas de ambos sexos, ocultos en la *serre*, entonaron el *Requiem* de Mozart.

La ilusión era tan completa y tan soberbia, que los invitados, mudos de asombro, hasta contenían la respiración; las damas lloraban silenciosamente. Nada más grandioso que aquella sorpresa.

La fiesta ha hecho ruido en París, pues jamás artista alguno había tenido una idea tan genial y tan hermosa.

Sarasate recorre en estos momentos la Europa, recogiendo gloria y provecho con su violín.

En Berlín el incomparable violinista ha recibido regalos numerosos, y entre éstos algunos valiosísimos de la misma emperatriz Augusta, cuyos dolores se calman escuchando las armoniosas notas que arranca á su instrumento nuestro compatriota.

En Inglaterra tuvo una ovación tan indescriptible por parte de los españoles que acudieron á oírle en

un concierto dado en Liverpool, que los ingleses llegaron á asustarse por no entender los gritos de entusiasmo de nuestros compatriotas.

Para el mes de Abril se encontrará en Madrid el sin rival violinista navarro, que hoy recorre para honra suya y del país que le vió nacer las principales ciudades de Europa recibiendo triunfos sin cuento.

En la sección correspondiente hallarán nuestros lectores el anuncio de los petos iodo-balsámicos del Dr. Estarrial, muy recomendados como á preservativos y curativos de las enfermedades del pecho, pulmonías, asma, tos, catarro pulmonal, etcétera, etc.

Confirmada su utilidad, no sólo por las recomendaciones de la prensa, sino también por la valiosa opinión de la clase médica, consideramos un bien el contribuir á su publicidad, ya que desgraciadamente son tan abundantes las enfermedades del pecho. Son también en la difteria, que tantas víctimas causa en los niños, un gran preservativo.

De venta en Madrid, establecimiento de ortopedia del Dr. Gibernau, Carrera de San Jerónimo, número 13.